BRUGUERA

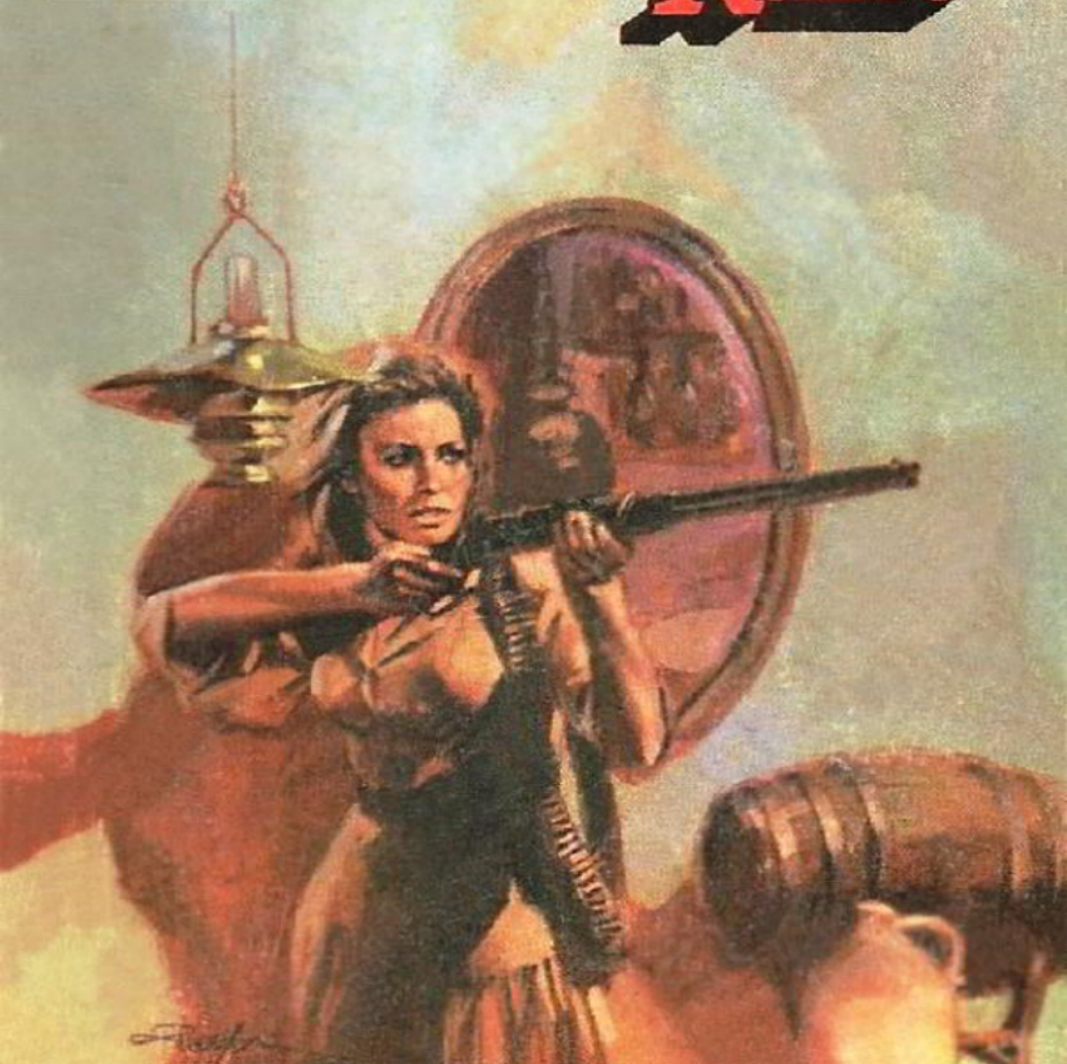
BOLSILIBROS

Oeste

HEROES PRADERA

DEMASIADO BONITA PARA VIVIR

Silver Kane







HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

DEMASIADO BONITA
PARA VIVIR

Colección
HÉROES DE LA PRADERA n.° 707
Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO
ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 18.409-1983
Impreso en España - Printed in Spain
2ª edición: julio, 1983
3ª edición en América: enero, 1984

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona 1983

CAPÍTULO PRIMERO

VETE AL INFIERNO, MUCHACHO

El hombre atravesó la calle, que estaba bañada por un tibio sol de primavera, y miró con expresión complacida el edificio hacia el cual se estaba dirigiendo.

Era una bonita casa pintada de color blanco y amarillo, junto a cuya puerta un letrero anunciaba:

LA ALEGRE BETSY LOY

El hombre sonrió.

Era un buen sitio para pasar aquella tarde.

¡Qué diablos! En todo Amarillo no había un sitio mejor.

El hombre subió al porche.

Vio al tipo vestido de negro que parecía aguardar allí. Era un hombre alto y cuyo único detalle de color residía en el chaleco, que era casi rojo. Tenía los pulgares metidos en los bolsillos inferiores de aquel chaleco y conservaba las manos cerca de las culatas de sus dos Colt. Pero no hizo ningún ademán ofensivo, sino todo lo contrario.

Saludó al recién venido con una sonrisa.

—Hola, Gary —dijo.

—Hola, Rock. Tú vigilando como siempre, ¿eh?

—¿Y qué otra cosa puede hacerse? Esta es una casa tranquila, una casa para gente respetable como usted. No queremos pobretones ni borrachos ni gente que arme camorra.

Gary sonrió.

—Está Nancy, supongo —dijo.

—Claro que está —dijo Rock, el vigilante y al mismo tiempo el matón de la casa—. ¿Pero qué ocurre? ¿No la visitó usted ayer, Gary? No es asunto mío, pero parece como si usted no se cansara de ella nunca.

Gary volvió a sonreír mientras se ponía entre los labios un delgado cigarro habano.

—Es que quiero aprovechar el tiempo —dijo—. Quizá en un par de semanas no podré venir.

—¿Por qué?

—Mañana me visita mi hermano. Llegará a Amarillo en la diligencia de las once.

—¿Y eso qué tiene que ver? Su hermano sabrá comprender que

un hombre soltero como usted necesite divertirse un poco. Hasta él podría convertirse en cliente asiduo de la alegre Betsy Loy.

—Je, je… Dices eso porque no le conoces.

—¿Qué tiene de particular su hermano? Oiga…no será de esos de la acera de enfrente, ¿eh?

—No, hombre, no… ¡Qué barbaridad!

—Es que cada día hay más.

—Al contrario. Mi hermano podría llevarse a las mujeres de calle si quisiera, pero no le apetecen.

—¿Es que no le gustan las chicas?

—Lo que no le gusta son las casas como ésta. Él ha sido juez de Dallas mucho tiempo. No es un ranchero como yo, sino un brillante picapleitos que hasta podría hacer una gran carrera política. En Dallas hizo cerrar varios sitios como éste.

—¡Qué barbaridad! —se lamentó Gary—. También hay gente bestia…

—Bueno, lo que ocurre es que él tiene un criterio moral y estricto… Piensa que en las ciudades no hacen falta bailarinas ni… Bueno, ni cortesanas como las de esta casa. Vería con muy malos ojos que yo me relacionara con esa clase de gente.

—Lástima… ¡Pues vaya visita le ha caído encima! ¿Y a qué viene su hermano, si puede saberse?

—Quiero que vea mis tierras —dijo Gary—. En esos años he hecho una gran fortuna y quiero que lo compruebe. Ya estoy cansado de que él me escriba cartas diciendo que es «el señor juez», como si yo, un simple ranchero, no tuviese ninguna importancia. Quiero demostrarle que soy uno de los hombres más ricos de la comarca de Amarillo. Y basta de hablar… ¡Ya es hora de que me dedique a las caricias de Nancy! ¿No?

Lanzó una risotada y entró en la casa.

Esta estaba muy bien amueblada. Era confortable y elegante. Había una gran alfombra roja, mientras que las paredes estaban pintadas de blanco. Los divanes abundaban por todas partes, así como mesitas donde había bandejas de plata con botellas de las mejores marcas.

No cabía duda de que era un sitio de postín.

Allí no podía entrar un cualquiera.

La alegre Betsy Loy recibió a Gary con una sonrisa. La alegre Betsy Loy era la dueña de aquel refinado tugurio, de aquel nido de todos los pecados terrenales y de todos los placeres prohibidos. Después de dedicarse durante varios años al viejo oficio de hacer felices a los hombres (vaciándoles la bolsa a cambio) aún

conservaba la mejor belleza de su juventud. Tanto que muchos hombres todavía la solicitaban a ella, pero Betsy Loy no se entregaba a cualquiera.

—¡Qué sorpresa verte aquí! —musitó—. ¿Qué te pasa, Gary?

—Quiero ver a Nancy.

—Sube, hombre, sube… Está donde siempre.

—Gracias.

Gary subió alegremente las escaleras.

Se sentía lleno de potencia, de juventud y de vida. Iba a demostrarle a su hermano que él había sabido hacerse rico en poco tiempo, venciendo todas las dificultades. Y mientras tanto iba a pasar unas horas con Nancy, una chica que valía la pena…

Llamó a la puerta.

—Hola, Nancy. Soy Gary. ¿Puedo pasar?

—Claro… Pasa.

Él entró. La habitación estaba decorada de blanco y azul. Resultaba una habitación tranquilizadora, sosegada, donde uno no notaba el paso del tiempo. La chica, en medio, parecía una inmóvil y tentadora estatua que sólo esperaba sus palabras.

La chica tenía las manos a la espalda.

En aquella postura, su busto juvenil resultaba más agresivo aún. Gary avanzó poco a poco mientras le temblaban los dedos.

—Nena…

—Ven. Gary.

Ella le desafiaba con los ojos.

Parecía preguntarle: «¿A qué esperas para abrazarme, tonto?»

Gary fue a hacerlo ansiosamente.

Tendió los brazos hacia ella.

Y en ese momento la chica sacó las manos de detrás de la espalda.

Los ojos de Gary sufrieron una sacudida. Vio el brillo del revólver como un chisporroteo de muerte. Leyó la sentencia en los ojos quietos, hipnóticos de Nancy.

No pudo ni defenderse.

Él también tenía un revólver, pero ni por asomo se le ocurrió emplearlo. Estaba tan asombrado que no acertó a hacer ni un solo movimiento, a pronunciar una sola palabra.

Quizá su cabeza se movió como diciendo simplemente: «Noooooo…»

Pero no estuvo seguro ni de eso. De pronto vio el rojo fogonazo del disparo.

Un brutal choque en la frente le indicó que había sido

alcanzado.

No sintió dolor. Sólo se dio cuenta confusamente de que todo rodaba en torno suyo. Vio una especie de nube roja que saltaba por los aires y no llegó a comprender que aquella especie de nube roja era su propia sangre.

Se desplomó a los pies de Nancy mientras barbotaba con un estertor.

—Noooo…

Nancy se dio cuenta de que lo había alcanzado bien, pero de que aún no estaba muerto. Resultaba increíble la resistencia de aquel tipo, cuyo cuerpo aún temblaba a pesar de tener una bala en el cráneo…

CAPÍTULO II

LA DILIGENCIA DE LAS ONCE

—¡Sooooo.! ¡Quietos, cabestros, quietos! ¡Sois más burros que algunos de los pasajeros que llevo ahí detrás! ¡Sooooo, malditos…!

El mayoral tiró de las riendas, mientras dedicaba a los cuatro caballos su repertorio completo de amabilidades. Luego echó el freno para que se detuviera al fin la diligencia, cuyas ruedas aún patinaron un poco sobre el polvo.

Los pasajeros empezaron a descender.

Llegaban tullidos después del largo viaje por un camino lleno de socavones. El único que no aparentaba ningún cansancio, como si acabara de emprender el viaje en aquel momento, era el pasajero que descendió en último lugar.

Era un tipo de los que llaman la atención en cualquier parte.

Sobre todo en una ciudad de pistoleros cómo Amarillo. Sus ojos acerados, su mandíbula cuadrada y firme, sus manos suaves y al mismo tiempo férreas, su cintura estrecha, la agilidad de sus movimientos… Todo aquello hacía pensar a los profesionales del gatillo que le veían: «He aquí un hombre con el que no me gustaría encontrarme a doce pasos.»

Llevaba una levita y un pantalón negros. Su chaleco, por el contrario, era amarillo. La elegante cadena de un reloj de oro lo cruzaba de parte a parte.

Y no usaba revólver.

Le faltaba el cinto canana, lo cual producía una impresión tan extraña como si anduviese desnudo por la calle.

Un hombre salió a su encuentro.

Era un tipo bajito, rechoncho, que andaba a saltitos y tenía aspecto de comerciante de poca monta.

—¿Es usted el juez Norton? —preguntó, quitándose el sombrero respetuosamente.

—Exacto. Yo soy el juez Ben Norton. ¿Pero qué ocurre con mi hermano Gary? ¿Cómo es que no me está esperando?

—Quisiera hablarle, amigo —dijo el otro, poniéndose el sombrero—. ¿Le apetece un trago?

—Gracias, no bebo.

El individuo bajito le miró como si estuviera hablando con un fantasma.

—¿No bebe nunca?

—Nunca.

—¿Y cómo es posible?

—Yo le hago la pregunta contraria, amigo: ¿cómo es posible que los otros beban?

—Está bien, está bien… Yo creí que necesitaría un trago… Mire, le presento al señor Reston.

Habían llegado ya al porche de la casa de postas, donde media docena de personas se afanaban en reunir los bultos. Un individuo elegante, de lacios bigotes y mirada dura y astuta clavó sus ojos en el recién venido.

—Buenos días, señor —dijo suavemente—. ¿Es usted Ben Norton, de la ciudad de Dallas?

—Sí, últimamente fui juez allí. ¿Quién es usted?

—Me llamo Reston y soy propietario de una cadena de negocios en esta ciudad, entre ellos un sitio llamado La Alegre Betsy Loy, que administra una de mis mejores empleadas.

—¿La Alegre Betsy Loy? ¿Qué sitio es ése?

—Por lo que sé de usted, imagino que el lugar no le gustará, señor Norton. Se trata de una casa muy… muy animada, donde uno encuentra chicas de vida alegre.

El recién venido frunció el ceño.

—No sé si usted me está haciendo la propaganda de su local, señor Reston —dijo—, pero sepa que pierde el tiempo. No he venido desde tan lejos para buscar chicas de vida alegre, sino para ver a mi hermano Gary.

—De eso se trata.

—No le entiendo. ¿Qué es lo que intenta decirme? —musitó el recién venido.

—Algo que necesita comprender cuanto antes. Acompáñeme, por favor.

Le hizo atravesar la calle y le condujo luego, a través de un gran patio, a un edificio pintado de negro donde un cartel blanco proclamaba:

FUNERARIA EL BUEN RECUERDO

Era un curioso nombre, de verdad.

Debajo, algún guasón había escrito: «Probarla es repetirla.»

Pero maldito si aquello hizo la más mínima gracia al hombre que había llegado de Amarillo unos minutos antes.

—¿Qué pasa? —musitó—. ¿Qué cuerno tiene que ver mi hermano con una funeraria?

—Espere un momento, por favor.

Bastó abrir la puerta de una de las salas para que Ben Norton comprendiera la horrible verdad. Aunque su rostro permaneció impasible, sus ojos pestañearon bruscamente dos veces. Luego se acercó poco a poco a la mesa donde yacía el cadáver.

Su hermano Gary tenía un pésimo aspecto.

No era sólo porque llevase ya un día muerto.

Era porque aquellas dos balas en la cabeza se la habían destrozado casi por completo.

Reston, que se había quitado el sombrero al entrar, estaba detrás de Ben Norton.

—Esto es lo que quería decirle, señor Norton —explicó con voz metálica—. Crea que lo siento.

El otro seguía con las facciones impasibles, pero el ritmo irregular de su respiración indicaba que una verdadera tempestad estaba pasando por su pecho. Con voz opaca preguntó:

—Eso debió ocurrir ayer, ¿no?

—Sí, ayer. Se nota que está usted acostumbrado a ver difuntos, señor Norton.

—No es difícil. Como tampoco es difícil adivinar que se trató de un asesinato, porque le dispararon a bocajarro. En la zona de los balazos tiene la piel quemada.

—Sí, es cierto, señor Norton. Le dispararon a bocajarro y fue un verdadero asesinato.

—¿Por qué?

—Eso nadie lo entiende. Cosas de mujeres.

—¿Cosas de mujeres ha dicho? ¿Qué significa eso?

—Ya le he dicho que tengo varios negocios, señor Norton, y uno de ellos, quizá el más importante, está relacionado con asuntos de chicas, como le he insinuado antes.

Los ojos del recién llegado brillaron quietamente un instante.

—Amigo —bisbiseó—, no me diga que eso pasó en uno de sus cochinos locales.

—Sí, pasó allí. De nada serviría ocultarlo.

—¿Y no pudo impedirlo?

—No. Su hermano Gary estaba a solas con la chica que le asesinó, y además nadie podía prever una cosa semejante.

Ben Norton dejó que rechinaran sus dientes. Sus facciones rígidas se tensaron aún más. Sin que él se diera cuenta, apretó los puños y sus nudillos produjeron un siniestro chasquido.

—Quiero hablar con la mujer que lo ha hecho —barbotó—. Quiero hablar con ella ahora mismo.

—Me temo que no pueda, señor Norton.

—¿Por qué?

—Sígame.

Reston le hizo una seña y le precedió hasta la puerta, saliendo de allí. Los dos rodearon en silencio el negro edificio y atravesaron una calle secundaria, encontrándose ante la alta valla de madera de un patio. Reston abrió la puerta.

El patio era algo así como el jardín de una gran finca. En su centro había un gran árbol, un hermoso roble centenario. Y de una de sus ramas colgaba un bulto humano.

Los ojos de Ben Norton chispearon.

En aquel bulto humano acababa de reconocer a una mujer. Una mujer hermosa, joven, curvilínea, que sin embargo, no era ahora más que un pobre pingajo movido por la brisa.

Se acercó a ella.

El rostro de la mujer estaba morado. La habían ahorcado el día anterior, sin duda, y su aspecto empezaba a ser tétrico. Toda la belleza que aún parecía conservar de lejos se desvanecía en cuanto uno se acercaba a ella. Viéndola a pocos pasos, no producía más que angustia y pena.

Pero ninguna de ambas cosas pareció sentir Ben Norton, que clavó en ella unos ojos cargados de indiferencia.

—¿Cómo se llamaba? —musitó.

—Nancy.

—¿Era una cortesana?

—Sí, una de las mejores que había en la ciudad. Los hombres se peleaban por ella.

—¿Mi hermano era uno de sus amigos?

—Sí.

—Lo siento; nunca creí que cayera tan bajo.

—Comprendo que usted piense de otra manera, señor Norton, pero aquí un ranchero rico y soltero como su hermano podía permitirse el lujo de tener unas costumbres bastante libres.

—No es asunto mío —dijo el recién venido—. ¿Y dice que no sabe por qué lo mató? ¿Es que discutieron?

—No, señor Norton, nadie los oyó discutir. Por otra parte la cosa no tiene explicación, porque ambos eran bastante amigos. Precisamente el día anterior habían estado juntos.

Norton dirigió una última mirada al cadáver, una mirada en la que seguía latiendo aquella espantosa indiferencia.

—¿Ella no dijo nada antes de que la ahorcaran? —musitó.

—No. Se encerró en un silencio absoluto.

—Han ido muy rápidos en administrar justicia… ¿Es que aquí

los jurados se reúnen en un par de horas y se dicta sentencia en seguida?

—Oh, no… En este caso no se reunió ningún jurado. Como todos oímos los disparos y atrapamos a Nancy con el revólver todavía en los dedos, es decir en flagrante delito, no gastamos demasiadas ceremonias. Ya sabe usted que la ley del Oeste, es dura, eficaz y rápida. La hice ahorcar inmediatamente.

El otro parpadeó de nuevo.

—¿Usted? ¿Por qué usted?

—Yo soy aquí la ley, señor Norton.

—¿Qué dice?

—No es que quiera darme importancia, pero mis negocios me convierten en uno de los hombres más importantes de la ciudad. Si yo creo que una persona debe ser ahorcada, se la ahorca. Muchas veces el propio juez me consulta sobre lo que debe hacer.

Ben Norton se puso pensativamente el sombrero que se había quitado ante el cadáver de la mujer. Luego caminó hacia la puerta.

—O sea que mi hermano ya está vengado… —musitó—. Le juro que no esperaba ver nada de esto.

—Lo comprendo muy bien. ¿Qué va a hacer ahora?

—Esperar al entierro y luego irme. ¿Cuándo va a ser sepultado mi hermano Gary?

—Eso depende de usted, y precisamente para esperar sus instrucciones hemos conservado el cadáver. Pero lo lógico sería que le diéramos sepultura mañana por la mañana.

—Es una idea razonable, señor Reston. Esperaré hasta entonces y luego me iré.

—¿Dónde va a alojarse?

—En cualquier hotel. Habrá buenos establecimientos en una ciudad tan animada como Amarillo, supongo.

—Claro, pero sería un gran honor para mí alojarle en mi casa. ¿No acepta mi hospitalidad por una noche?

El recién venido le miró pensativamente. Había en sus ojos como una chispita lejana y burlona.

—¿Qué dice, señor Reston? —musitó al cabo—. ¿El ex juez de Dallas durmiendo en una casa de señoritas alegres? ¿Por quién me ha tomado?

—¡Oh, usted se equivoca! —murmuró el gordo, alzando las manos—. La casa de que le hablo es uno de mis negocios, pero no es el único, y además yo no vivo allí. Tengo una residencia estupenda en Main Street, donde me gustaría mucho alojarle por una noche.

—No, señor Reston. Se lo agradezco, pero prefiero estar solo.

—Acepte al menos mi invitación a comer. Su hermano y yo éramos buenos amigos, ¿sabe? ¿Tanto le molesta mi compañía por unas horas?

—De acuerdo, señor Reston, gracias. Pero sólo a cenar. No quisiera ser descortés.

—Estupendo, estupendo… Venga conmigo. Y no se preocupe por el equipaje porque yo haré que lo recojan en la diligencia.

Le acompañó a la calle principal, que estaba muy animada a aquella hora. El visitante notó que Reston, en efecto, debía ser allí un pez gordo y de primera categoría, porque todo el mundo le saludaba y le cedía el paso. La casa que le condujo, en el mejor sitio de Main Street, era además una de las más bonitas de Amarillo.

Dos hombres vigilaban en el porche.

Se notaba también en aquel detalle que Reston era un hombre lo bastante importante como pata tener muchos enemigos.

—Pase, señor juez —dijo a su invitado.

—No debe llamarme así. Ya no soy juez.

—Oh, perdone… Es costumbre dar el tratamiento aunque uno ya haya dejado el cargo. Está usted en su casa. Pase, pase…

Había un vestíbulo magnifico y unas elegantes escaleras de madera blanca. Reston dejó a su invitado en una sala del piso superior donde había una lujosa mesa llena de bebidas.

—Sírvase lo que quiera, amigo —invitó—. Yo voy a ocuparme de que todo esté dispuesto para la comida.

—Gracias, no bebo.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Ejem… Bueno, pues en esa caja tiene cigarros. Me los envían especialmente desde La Habana. ¿Por qué no fuma uno mientras me espera cinco minutos? Supongo que fumará, ¿no? Fumar no es, al fin y al cabo, un pecado tan enorme.

—Gracias, se lo acepto.

Reston desapareció, y el joven —pues el hombre que acababa de llegar a Amarillo no tendría más allá de veintisiete años— tomó uno de aquellos cigarros y lo encendió pensativamente. Mejor dicho, fue a encenderlo, porque ni tiempo de eso tuvo.

Fue en aquel instante cuando las cosas cambiaron para él. Fue en aquel momento cuando tuvo la condenada sensación de estar viviendo un sueño.

CAPÍTULO III

TOMA UNA PÍLDORA, MACHO

La aparición de aquella mujer fue lo que le hizo pensar que acababa de despertarse en algo así como en el otro mundo.

Ocurrió todo de una forma rapidísima, en cuestión de segundos, La puerta que estaba a un lado de la habitación se abrió y en ella apareció una chica. La chica debía pensar que estaba sola porque canturreaba tranquilamente y no dirigió ni una mirada a Norton. Pero no era eso lo más interesante.

Lo más interesante era lo que la chica llevaba encima o, mejor, lo que NO llevaba encima. Sobre su cuerpo no había más que un corsé, una blusa desabrochada, unas medias, unos zapatos y una indispensable prenda íntima. Sin duda se estaba vistiendo y creía que no había nadie en la sala donde acababa de entrar.

Dio tranquilamente unos pasos por la habitación, mientras de sus labios brotaba una canción lánguida.

Parecía buscar algo.

Ben Norton no sabía qué admirar más, si las curvas apabullantes de aquella espléndida muchacha o la tranquilidad con que se movía de un lado para otro, creyendo sin duda que no había nadie en la habitación. Realmente el espectáculo era fascinante, era como para olvidarse del paso de los minutos y hasta del paso de las horas.

Pero Norton se dio cuenta de que la situación no podía seguir. Ella se enteraría tarde o temprano de que alguien más estaba en la habitación, y entonces la situación sería muy violenta. Era mejor avisarla antes.

De modo que carraspeó.

La muchacha dio de repente un brinco.

Le miró con ojos llenos de asombro, con ojos abiertos como platos, mientras intentaba cubrirse con las manos. Pero aquella tarea era deliciosamente inútil.

Tenía tantas cosas que tapar, que mientras ocultaba una descubría la otra. En especial trataba de cubrirse los maravillosos muslos, pero eso le servía de bien poco. Norton terminó lanzándole uno de los grandes cojines del diván en que estaba sentado.

—Tome, hermana —dijo—. Quizá con esto pueda cubrirse un poco, aunque de verdad es una lástima.

Ella lo tomó. Con manos trémulas se lo puso delante de la cintura, de modo que le cubriese casi desde las caderas hasta el

final de las medias. Luego balbució con un soplo de voz:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Ben Norton. ¿Y usted?

—Ingrid. Soy la sobrina del señor Reston.

—¿Vive usted aquí?

—¡Claro! Tengo mi dormitorio ahí al lado.

—¡Diablos! Y seguro que debía creer que no había nadie en esta sala.

—¡Naturalmente que creía que no había nadie!

El joven hizo un suave gesto con las manos, como disculpándose y diciendo: «¿Qué puedo hacer? Yo tampoco esperaba esto…». Volvió un poco la cabeza y fue en este instante cuando lo vio.

Resultó algo instantáneo.

Como un fogonazo.

El hombre vestido de negro había empujado la puerta y le apuntaba por la rendija. Sólo se veía un poco de su cara, pero era suficiente. Bastaba con ver el cañón de su Colt 45 para saber lo que se proponía.

Ben Norton no tuvo tiempo ni de pensar.

Sólo supo que estaba desarmado.

¡Y que sólo una milésima de segundo le separaba de la muerte!

Su reacción fue instantánea, fue tan ágil y certera que ni los más «duros» pistoleros de Amarillo hubiesen podido imitarla.

Basculando sobre una sola pierna, se lanzó contra la pared en el momento en que brotaba la bala. Esta rompió un cuadro, patinó junto a la ventana y terminó hundiéndose en el marco de la puerta, muy cerca de la muchacha.

El extraño asesino fue a disparar de nuevo.

Pero ya no tuvo tiempo.

Norton había lanzado de un puntapié la mesa contra la puerta que ocultaba a medias a su enemigo. El impacto fue tan repentino que éste vaciló un instante.

El que no vaciló fue Norton.

Sus movimientos estaban llenos de precisión. Parecía como si ya se hubiera encontrado en aquella situación otras veces y para él no constituyera ninguna sorpresa.

Sujetando por el cuello una de las botellas, la rompió inmediatamente. Quedó en sus manos un arma temible, mucho más implacable que un cuchillo puesto que estaba formada por una docena de aristas.

El pistolero, sin precipitarse, movió el revólver de nuevo, puesto que al fin y al cabo seguía teniendo todas las ventajas. Abrió del

todo la puerta para disparar mejor.

No esperaba que aquella mesa viniera hacia él con tanta rapidez.

Norton había disparado de nuevo su pierna derecha contra la segunda de las mesas que había en la sala, también repleta de botellas. Todas saltaron por los aires, formando una especie de cortina que cubría su cuerpo.

Pero sobre todo fue la mesa lo que le cubrió. La bala se empotró en la madera.

El pistolero lanzó una ronca maldición. Fue a desviar la dirección del Colt.

Ya no pudo.

Ben Norton había dado un salto felino, lanzándose materialmente encima de él. Al final de su mano derecha estaba la botella llena de aristas.

Sonó un seco chasquido.

Y un rugido de muerte.

Aquellas aristas se habían clavado en el cuello del pistolero, que ya no pudo disparar de nuevo. Bruscamente, un terrible chorro de sangre partió de sus arterias. El Colt 45 resbaló hasta el suelo.

Norton soltó la botella y se lanzó a recogerlo con la velocidad del rayo.

Su estirada fue similar a la que años más tarde darían los guardametas de fútbol al lanzarse a los pies del contrario. Cayó sobre el revólver cuando nuevamente sentía junto a él el aleteo de la muerte.

Porque ahora acababa de darse cuenta de que el primer pistolero no estaba solo. Otro individuo vestido de negro venía por el fondo del pasillo, armado también con un Colt 45.

Sin duda había quedado «de reserva», pero ahora intervenía al ver que las cosas iban mal dadas.

También tenía todas las ventajas, como las había tenido su compañero.

También él apuntaba a un hombre caído y que no había podido sujetar bien el revólver. En aquel preciso momento nadie hubiera apostado por Ben Norton ni veinte centavos falsos.

Pero sucedió algo increíble. Ben Norton demostró que había algo extraño en él, algo que los otros pistoleros no tenían.

Era agilidad, era intuición. Era también la categoría de un verdadero maestro.

Se contorsionó para ofrecer menos blanco. Disparó estando casi cabeza abajo.

Su enemigo también pudo hacer fuego, pero la bala se empotró

en la pared. En cambio el proyectil de Norton encontró el camino exacto, alojándose en el corazón de su contrario.

Este dio una extraña vuelta, mientras aún intentaba sujetar el revólver con ambas manos.

Creyó que había apretado el gatillo de nuevo, pero en realidad ya no tuvo fuerzas para hacerlo. Chocó contra una de las ventanas y salió despedido por ella a causa del peso de su cuerpo.

Ben Norton miró en torno suyo mientras se ponía en pie. Ya no había más enemigos a la vista.

Se pasó un dedo por la frente, donde habían nacido unas diminutas gotas de sudor, y luego miró a la chica, que ya se había olvidado incluso de cubrirse con el cojín.

—Ha valido la pena —fue todo lo que dijo Ben Norton—. De no haber sido por esos dos tipos usted, a estas horas, ya no me enseñaría nada…

CAPÍTULO IV

EL PISTOLERO DE LAS LLANURAS

Como era lógico, el dueño de la casa no tardó en aparecer. Estaba más lívido que el pobre peón de albañil al que le comunican que su señora acaba de tener cinco hijos de golpe. Miró al primero de los muertos y luego miró la ventana destrozada. Abajo yacía el segundo pistolero en medio de un charco de sangre.

Luego miró a la muchacha.

Ella se había cubierto de nuevo.

Pero aun así Reston farfulló:

—¿Qué haces ahí, Ingrid? ¿Qué haces, provocando como una golfa?

—Usted trata en golfas —dijo Norton tranquilamente—, ¿Por qué se asusta tanto?

—Ella es mi sobrina.

—Claro, y por lo tanto no es como las otras… Váyase usted, por favor. Le aseguro, señor Reston, que ella no tiene ninguna culpa de estar aquí. Ha creído que en la habitación no había nadie en este momento.

La chica se largó, un poco avergonzada. Al volverse de espaldas y salir precipitadamente, demostró que sus encantos de retaguardia no tenían nada que envidiar a los que por delante había exhibido tan generosamente.

Pero Ben Norton no pudo mirarla apenas, porque estaba ocupado en otros pensamientos. Cuando la muchacha hubo desaparecido, miró a Reston y murmuró:

—¿Conocía a estos tipos?

—No, no los había visto nunca.

—¿Sabe por qué querían matarme?

—¿Cómo voy a saberlo, si es la primera vez que esos tipos ponen los pies en Amarillo?

—Pues no me lo explico, Reston. Es seguro que venían a por mí.

—¿Y si se hubiesen equivocado de hombre?

—Me extraña. Han tenido tiempo de mirarme y de verme bien la cara, en especial el primero.

Reston hizo un gesto de duda, meneando la cabeza.

—Oiga, amigo —musitó—, con usted pasa una cosa muy extraña, al menos tan extraña como la que pasó con su hermano. A él lo mataron sin razón aparente, y con usted ha estado a punto de

ocurrir lo mismo. ¿Por qué? ¿No hay algún secreto en sus vidas? ¿No han tenido por ejemplo, algún lío de familia?

—No, señor Reston, no hemos tenido ninguno.

—Pues no me explico lo que ocurre con los dos. Parece como si les persiguiera una maldición.

—Tiene razón, pero se da la casualidad de que yo no creo en las maldiciones. Por eso estoy dispuesto a llegar hasta el fin y averiguar qué ha pasado con esto.

—¿Quiere que vayamos a ver al sheriff?

—No creo que el sheriff me aclare nada, si estos dos hombres eran desconocidos en la ciudad.

Y el joven avanzó hacia el centro de la habitación.

Hizo entonces algo sorprendente, algo que aumentó aún más el mar de perplejidades en que se hallaba sumido Reston.

Porque Ben Norton tomó una de las botellas que aún quedaban intactas y que estaba llena de ginebra pura. La destapó y empezó a beber a chorro, como si fuera agua, hasta que al menos la cuarta parte del líquido desapareció como por encanto,

Reston le miraba asombrado.

Norton se pasó el dorso de la mano por la boca y susurró:

—No está mal la ginebra, pero es algo floja. Conozco otras marcas mucho más respetables que ésta.

—Oiga, juez… ¡Yo creí que usted no bebía!

—Y no bebo.

—¿Pues qué ha sido eso?

—Cuando me pongo a beber lo hago de verdad, señor Reston. Esto ha sido solo un aperitivo.

—¡Di… di… diablos!

—Creo que tal como están las cosas, debo decir la verdad —susurró Ben Norton.

—¿Qué verdad?

Él sacó tranquilamente un papel de uno de sus bolsillos y se lo tendió al dueño de la casa. Reston lo desdobló y lo leyó con ojos atónitos, conteniendo la respiración.

Aquel papel era una licencia de presidio.

Una licencia de presidio a nombre de Ben Norton, acreditando que se le reducía la pena porque durante su última condena había observado muy buena conducta.

A Reston le temblaban las manos.

—Pe… pe… pero… —balbució.

—He dicho que quizá convenga decir la verdad. Yo no soy lo que mi hermano Gary creía. Yo no he sido, ni mucho menos, el juez

de Dallas, sino uno de los hombres a los que el juez de Dallas perseguía.

—¿Pero por qué mintió? ¿A qué vino toda esa comedia, maldita sea? ¡Su hermano estaba orgulloso de usted! ¡Decía que era un gran hombre!

—Pobre Gary —fue todo lo que se le ocurrió murmurar a Ben.

—¿A qué vino toda esa sarta de mentiras?

—Mi hermano trabajó duro y se hizo rico —fue todo lo que dijo Ben mientras se encogía de hombros—. En cambio yo no era más que un pistolero de las llanuras, un fulano que se alquilaba para pacificar ciudades y para proteger a los que le pagaban bien. Es decir, basura, simple basura. Llegó un momento en que temí que mi madre y mi hermano se avergonzasen de mí.

—¿Su madre…?

—Ella está enterrada a poca distancia de aquí. Murió unos años después de instalarse Gary en esta zona.

—¿Pero qué pretendía con eso? ¿Qué buscaba usted, maldito?

Ben Norton se encogió de hombros otra vez.

—Sólo pretendía que mi madre, y de pasada Gary, no se avergonzasen de mí. Les dije que había hecho estudios de abogado y que podía realizar una magnífica carrera. La última cosa gorda que se me ocurrió fue decirles que me habían nombrado juez de Dallas.

—¡Por todos los diablos! ¿Y si llegan a escribirle a la ciudad dándole ese tratamiento? ¿No estaba usted en la cárcel? ¿Quién hubiera recibido las cartas a nombre del juez?

—Les pedí que no me escribieran, prometiéndoles siempre que iría a verles de un momento a otro. De ese modo mantuve el engaño durante mucho tiempo, lo mantuve de tal modo que mi hermano murió sin conocer la verdad.

—¿Y por qué me la cuenta ahora?

—Porque a mí hermano lo han matado y a mí han tratado de matarme también. Debe haber alguna razón, y por eso prefiero decir la verdad. Quizá la verdad, al fin y al cabo, me lleve a algún sitio. Ahora ya conoce la historia, señor Reston, y sabe que tiene en su casa no a un ex juez, sino a un pistolero, un granuja, un borrachín, un indeseable y un mujeriego que sería capaz de dibujarle ahora una a una todas las curvas de Ingrid. Me temo que quiera echarme a puntapiés antes de que entierren a mí hermano, señor Reston. Y hará bien, maldita sea.

Reston estaba atónito.

Todo aquello parecía cambiar sus pensamientos de tal modo que

no sabía qué actitud adoptar. Por fin hizo un suave gesto, señalando al primero de los muertos.

—Por lo visto es usted un auténtico profesional, Norton —dijo —. Nunca había visto a nadie que peleara de esta manera.

—Pché. En todas esas cosas de dar al prójimo vacaciones en el otro barrio, no me desenvuelvo mal del todo.

—¿A qué se dedicaba su padre?

—Era un ganadero en muy buena posición. Puede decirse que, durante nuestra infancia, Gary y yo fuimos ricos.

—¿Y qué pasó luego? ¿Por qué Gary tuvo que empezar desde cero otra vez y por qué usted se convirtió en un profesional del gatillo?

Los ojos de Ben Norton se nublaron un momento mientras paseaba por la habitación con las manos a la espalda. Por fin se encogió de hombros e hizo un gesto brusco, como si le molestaran aquellos recuerdos.

—Mi padre se encaprichó de una golfa —dijo lentamente—. Fue un capricho de esos que destruyen la vida de un hombre, porque ella le sacó hasta el último centavo. Sólo cuando lo tuvo bien exprimido, sólo cuando no le quedaba un palmo de tierra por hipotecar, decidió abandonarlo.

—Por lo tanto una mujerzuela arruinó su vida…

—Efectivamente, así fue.

—No creo entonces que usted tenga demasiada simpatía a esa clase de «señoras», Norton.

—Por supuesto que no. Una de ellas arruinó a mí padre y otra acaba de asesinar a mí hermano. Puede imaginar lo que siento yo ante esa clase de gentecilla. Mataría a todas esas puercas que no hacen más que infectar el terreno que pisan.

Los ojos de Reston, el dueño de la casa, brillaron un momento. De pronto pareció tener una idea que hasta entonces no se había atrevido a formular.

—Norton —murmuró—, supongo que busca usted trabajo…

—En realidad así es. Confiaba en contarle la verdad a mí hermano y ponerme a trabajar junto a él, rehaciendo mi vida, pero ahora ya no va a ser posible.

Los ojos de Reston brillaron otra vez.

—En tal caso yo podría ofrecerle trabajo, Ben —dijo suavemente —. Creo que le interesaría.

—¿Trabajo? —murmuró el joven, volviendo la cabeza—. ¿Y en qué habría de consistir?

—Muy sencillo: en buscar a una de esas mujeres que usted tanto

odia. Y en matarla como a una perra…

CAPÍTULO V

LA CASA AMARILLA

Su color destacaba como una mancha caliente en la tierra sacudida por el viento. Se había puesto a soplar un ventarrón que venía del Oeste, de las lejanas montañas Rocosas y hacía que las reses quietas en la llanura se estremecieran de frío. La tierra estaba húmeda y los cascos del caballo se hundían en ella. Las luces de la casa amarilla eran como una invitación, como una llamada al viajero que las distinguía desde lejos.

Norton se echó un poco el sombrero sobre la frente.

Ya no iba vestido como un ciudadano respetable ni lo necesitaba para maldita la cosa. Llevaba una cazadora de piel, unos pantalones téjanos azules y un sombrero Stetson. También llevaba un revólver y un cuchillo, porque ahora ya no hacía falta disimular. Ahora volvía a ser lo que siempre fue: un sucio pistolero de la llanura.

Miró desde lejos la casa amarilla.

Bonita jaula. Hermosa trampa para que los vaqueros se dejaran allí en una noche la paga de seis meses.

Picó espuelas y avanzó poco a poco.

Recordaba, como si las estuviera oyendo otra vez, las palabras de Reston cuando le encomendó aquel trabajo:

«—La aventura de Nora comenzó en lo que yo llamo La Casa Amarilla. Debe saber que La Casa Amarilla es uno de mis mejores negocios. Está en un sitio muy estratégico, en el centro de una comarca ganadera bastante rica, y los vaqueros se dejan allí las pagas sin darse cuenta. Yo envié a Nora a aquel sitio porque pensaba que me daría más rendimiento.»

Norton apretó los labios mientras se dirigía hacia la casa.

No le gustaba aquel lenguaje.

«Más rendimiento…»

Como si Nora hubiese sido una máquina o una bestia.

«—No se intranquilice —le había dicho Reston—. Usted ya conoce a esa clase de mujeres. ¿Qué le voy a explicar? Nora estaba metida en el mejunje por su propia voluntad. Nadie la obligó. Engatusaba a los hombres y les sacaba hasta la última perra gorda. Pero una vez en La Casa Amarilla se largó con todo el dinero que había allí, más de diez mil dólares. Desde entonces no he parado de buscarla sin descanso para darle su merecido.»

Norton descabalgó suavemente.

El viento había amainado, pero la casa seguía teniendo el mismo aspecto agradable y acogedor. A través de las ventanas se oía la música de un piano. Al parecer las chicas que había allí no eran vulgares del todo, o quizá la casa tenía contratado un pianista. El caso era que la música resultaba de calidad.

El joven amarró el caballo.

Seguía oyendo, como si aún las pronunciara a su lado, las suaves palabras de Reston:

«—Quizá usted piense que, con los medios de que dispongo, debería haberla encontrado ya… Pues no. Esa mujer es una auténtica zorra, una arpía que se las sabe todas… Por eso convendrá que usted vaya a La Casa Amarilla y siga la pista desde allí. Mis mejores hombres han fracasado. ¿Me pregunta que por qué tengo interés en matarla? Pues muy sencillo: porque mató a una de sus compañeras, y en consecuencia es una asesina. Y porque no quiero que cunda el ejemplo de que una arpía como ella me pueda robar el dinero de esa manera. Un último detalle: Nora era la mejor amiga de Nancy, la que asesinó a su hermano de usted. Encuéntrela y hágala hablar. Quizá pueda explicarle cosas muy interesantes, que no sospechamos hasta ahora…»

Eso era lo que más había llamado la atención de Ben Norton. Lo que, en definitiva, le había decidido.

Quizá podría aclarar las razones de la muerte de su hermano Gary.

Encontraría a aquella muchacha y la haría hablar. Antes de entregarla al sheriff para que la ahorcase, le sacaría hasta la última palabra.

Suspiró hondamente.

Bueno, por lo menos ya había llegado hasta La Casa Amarilla. Allí empezaba en realidad su trabajo.

Un tipo de facciones prietas, cejijunto, estaba en el porche.

Miró a Norton con desprecio.

—Eh, usted, amigo.

—¿Qué pasa?

—Saque su basura de ahí.

—¿Qué basura?

—Su caballo. ¿No se da cuenta de que estorba?

—Hay otros caballos amarrados —dijo Norton tranquilamente—, pero no veo que el mío ocupe más espacio que los demás. Y hay sitio de sobra.

—Es que no va a poder entrar en la casa.

—¿Por qué? Me envía el señor Reston.

—Al señor Reston me lo paso yo por las narices —dijo el otro con los brazos en jarras.

Norton no entendía aquella actitud, pero decidió ser tolerante. Al fin y al cabo no había venido a buscar camorra.

—Es un sitio público, ¿no? —preguntó suavemente—. ¿Entonces por qué no puede entrar un forastero?

—Porque el señor Migland la ha «cerrado».

—¿Qué quiere decir?

—El señor Migland y sus vaqueros están celebrando una fiesta. Tienen la casa en exclusiva. No quieren que nadie les moleste esta noche.

—¿Y a usted lo han puesto de perro guardián?

—A mí me han puesto para aplastarle la cara al que estorbe.

Norton sonrió.

Tenía una sonrisa extraña, el muy maldito.

Enseñaba los dientes como si ahora empezara a divertirse de verdad y como si sólo ahora empezase a gustarle La Casa Amarilla.

—Amigo —susurró—, póngase el bozal de nuevo y déjeme pasar. Ya he oído su «guau, guau» demasiado rato. Y vaya con cuidado en otra cosa.

—¿En qué?

—En levantar la patita y en hacerse «pipí» en una de esas columnas de porche. Están recién pintadas.

El otro lanzó una especie de aullido.

Aquel último insulto le había desquiciado los nervios. Con un movimiento instantáneo, fue a «sacar».

Norton pensó una sola cosa:

«Idiota».

Aquel tipejo era un aprendiz a su lado. Bastaba ver sus movimientos afectados para comprenderlo. Era uno de esos tipos que se daban importancia y que antes de usar el revólver parecían decir «Que saco, ¿eh? Cuidadito, que saco…»

Norton no necesitó más que un suave movimiento de sus caderas.

El revólver pareció brotar solo de la funda. Lo empuñó entre sus dedos cuando parecía que aún no había empezado a moverse.

El otro le miró atónito.

No podía comprender aquella rapidez.

Cuando él aún estaba «sacando»… ¡el forastero ya había puesto su revólver en línea de tiro!

Sonó un solo disparo.

Una mancha roja apareció de pronto en la camisa del hombre

que guardaba el porche, marcándole la altura del corazón. No se oyó ni el más ligero grito.

El pistolero se desplomó pesadamente. Norton guardó su Colt con la mayor tranquilidad.

—Lástima —dijo—. A ti también podían haberte dejado entrar, para que te divirtieras un momento.

Avanzó hacia la puerta.

La música del piano había cesado.

Una jovencita negra le abrió. Estaba temblando visiblemente.

—Lo siento, señor —susurró—. No podemos dejar pasar a na…

—Aparta, chata, o te vas a volver blanca de tanto hablar.

La obligó a hacerse a un lado con la mano izquierda, mientras hacía que la derecha descansara sobre el Colt. Vio que la gran sala estaba ocupada por siete u ocho vaqueros en alegre compañía.

Bueno, lo de «alegre» es un decir.

Las chicas no parecían estar demasiado satisfechas.

Algunas de ellas habían recibido golpes. Miraron a Norton con una súbita esperanza en sus pupilas, como si pensaran que él las sacaría de aquel infierno en que se habían visto metidas de pronto.

Un tipo gordo y calvo avanzó hacia él.

Debía ser Migland, el patrón de todos aquellos bárbaros. Clavó en Norton una mirada cargada de desprecio.

—¿Quién es usted, forastero?

—Ya lo ve; un aficionado a la buena vida.

—¿Cómo le han dejado entrar?

—No me han dejado; he pasado yo.

—¿Y Harry?

—¡Ah! ¿Se llamaba Harry?

Migland palideció.

—¿Qué ha pasado con él?

—Ha calculado mal las distancias y ha tropezado con una bala. Descanse en paz, pobrecillo. A lo mejor hubiera llegado a ser un hombre honrado.

Migland estaba sencillamente petrificado. Nunca se había encontrado ante un tipo que le hablara con aquella frescura. ¡Y eso a pesar de que eran siete contra uno…!

—Muchachos… —dijo—. ¡Muchachos!

Era una clara orden para que atacasen. Pero sus vaqueros estaban demasiado «ocupados» y tenían las manos torpes. La mayor parte de ellos se habían desprendido ya de sus revólveres.

Migland «sacó».

Fue una tontería, porque Norton no tenía la menor intención de

matarle. Le hubiera bastado mostrarse un poco conciliador para que allí no pasara nada. Pero, en lugar de eso, se lo jugó todo a una carta e intentó ser más rápido.

Norton pensó de nuevo:

«Idiota.»

Un solo gesto le bastó para poner el Colt en línea de tiro. Hizo un disparo y en la frente de Migland se marcó una siniestra marca roja.

Migland cayó hacia atrás.

Sus facciones estaban demudadas. Se fue al otro barrio sin poder creer en su propia muerte.

Dos de sus hombres, mientras tanto, se habían adelantado ya. Estaban poniendo sus Colt en línea de tiro.

Norton hizo un suave gesto.

Nada de prisas. Jamás había sido tan dueño de sus nervios como en este momento.

Los dos hombres bailaron una extraña danza mientras eran mordidos por el plomo. Uno de ellos se estrelló contra la pared. El segundo derribó estrepitosamente una mesa llena de copas.

Los otros cuatro vaqueros alzaron las manos repentinamente, con un gesto casi cómico. No querían entendérselas con un monstruo de aquella clase.

—¡No tire! ¡No tire!

Norton susurró:

—Fuera, condenados. ¡Fuera!

Salieron en tropel. Olvidaron incluso sus armas mientras se arrollaban unos a otros en la puerta. En menos de un minuto aquello quedó vacío, a excepción de las chicas y los muertos.

Norton miró al pianista.

—¿A qué esperas para continuar? —preguntó.

—¿Qué… qué quiere que toque, señor?

El joven le dirigió una helada sonrisa.

—¿No lo estás viendo, so cabezota? Pues está bien claro: Una marcha fúnebre… Pero a ver si recuerdas alguna que además sea bailable, macho.

CAPÍTULO VI

EL FILO DEL CUCHILLO

A lo largo y ancho del Oeste, durante su deambular por las tierras salvajes donde era contratado, Ben Norton había estado en muy pocos sitios como aquél. El recuerdo de su padre, arruinado a causa de una mujerzuela que destrozó su vida, le frenaba en todas las ocasiones en que pudo hacer como otros pistoleros: olvidarse de las preocupaciones en compañía de una chica. A causa de los recuerdos de su niñez, para Norton aquel ambiente era el ambiente de la perdición, y por eso no había querido frecuentarlo nunca.

Sin embargo, ahora estaba metido de lleno en él.

Ahora era el único hombre —a excepción del pianista, quien de hombre tenía poco —que había en La Casa Amarilla.

Las chicas se preocuparon en seguida de sacar a los muertos.

No demostraron demasiada caridad.

Los arrojaron como fardos por las ventanas, confiando en que al día siguiente ya se los llevaría alguien de allí.

Si Ben Norton no hubiera estado ya bien convencido de que se hallaba en un ambiente putrefacto, la sola visión de aquello habría bastado para convencerle.

Aquellas mujeres no demostraban tener el menor sentimiento. Después de echar a los muertos, se sentaron provocativamente y ofrecieron bebidas a Norton.

—¿No te apetece un poco de whisky?

—Es del mejor que se fabrica en Kentucky. Lo traen especialmente para nosotras.

Norton negó con la cabeza.

No sabía qué admirar más, si la perfección de las piernas de aquellas chicas o lo podrido de sus conciencias.

—No he venido aquí a beber —dijo.

—¿Pues a qué? ¿A matar?

—Tal vez.

Una de las chicas, quizá la más joven, empezó a tensarse tentadoramente una media.

—¿A quién buscas? —susurró.

—Hace tiempo estuvo aquí una mujer llamada Nora —contestó Norton pensativamente.

—¿Amiguita tuya?

—Quizá.

—La recordamos perfectamente. Era Nora Gaynor. Aquella sucia, aquella inmunda, aquella maldita perra…

—Parece que no le teníais demasiada simpatía, ¿verdad?

—¿Simpatía? ¿Cómo vamos a tenérsela?

Otra de las mujeres que estaban en la casa, quizá ya demasiado vieja para aquel ambiente, se tensó un corsé que parecía ir a reventarle por todos los sitios.

—¿Cómo vamos a tenerle simpatía? —mascullό—. Se llevó el dinero de la caja y mató a una de sus amigas. Era la víbora más asquerosa que ha puesto jamás la lengua en La Casa Amarilla.

—¿Sabéis adónde fue? — preguntó Norton.

Le miraron con sorpresa.

—¿A ti qué te importa? —preguntó otra—. ¿Para qué la buscas?

—Cosas mías.

—Se fue por ahí… Se largó bien lejos. El señor Reston la ha estado buscando largo tiempo, pero sin resultado.

—¿El señor Reston es el dueño de todo esto?

—Sí, claro. Y de otros sitios parecidos.

Norton pensó algo muy feo del señor Reston. Y quizá hasta envolvió en ello a su señora madre, aunque ella no hubiera tenido la culpa de que su hijo se dedicara a tales negocios.

Pero al fin y al cabo trabajaba para él. Y perseguía por su cuenta a una zorra mucho más asquerosa que el zorro de Reston.

—Ya sé que la buscó —dijo lentamente—. Por eso me gustaría hurgar en los sitios donde él no hurgó.

—Hum… Lo miró todo. No él directamente, sino algunos hombres que trabajaban a sus órdenes. Pero hemos de confesarte que, una vez aquí, se preocuparon más de divertirse con nosotras que de hacer el trabajo por el cual les habían pagado.

—Lo imaginaba, y por eso quiero saber en qué cosas se descuidaron aquellos tipos.

La más joven de las chicas volvió a alzar seductoramente una pierna. Miró a Norton con ojos entrecerrados.

—¿Tú no eres como ellos, pichón?

—No.

—¿Has venido sólo a trabajar?

—Sí.

—Lástima. Tú te lo pierdes.

Norton no contestó. Se limitó a pasear por todos aquellos cuerpos una mirada cargada de indiferencia, una mirada glacial que sorprendió a las chicas, acostumbradas a encender los deseos de todos los hombres que entraban en la casa.

—Quizá Nora tenía un cómplice —dijo en voz baja él—. Quizá obró de acuerdo con alguien.

—Es más que posible.

La gorda del corsé, que había quedado lívida después de hacer tantos esfuerzos para abrochárselo, vino contoneándose.

—Quizá yo pueda darte una pista —murmuró.

—¿Y por qué no se la diste a los que vinieron antes?

—En parte porque no me acordaba y en parte porque ellos tampoco demostraron el menor interés. Lo único que querían era divertirse con chicas guapas y esbeltas como yo. Además es muy posible que lo que yo voy a decirte no tenga la menor importancia.

—Dilo de todos modos. Sea lo que sea, te lo agradeceré.

La gorda se desciñó un poco el corsé porque corría peligro de ahogarse.

—Pues verás… Hubo un precedente del caso de Nora Gaynor. Hubo otra que se fugó con dinero. Se llamaba Lorena Manson y era una mujer que ya llevaba años aquí. Una mujer curada de espantos, como se dice. Había pasado por tan malos tragos que ya nada le importaba, de tal modo que parecía una mosquita muerta. Y de pronto un día coge y se larga con la pasta. Fue lo mismo que hizo Nora Gaynor.

—¿Y Lorena Manson fue capturada?

—No, porque además se había llevado una cantidad pequeña, de modo que el señor Reston no se preocupó demasiado por ella. El caso es que fue a ver a un abogado de la ciudad de Pershing. A partir de aquí se pierde su pista. Yo no volví a saber de ella, aunque alguien me habló de que la habían acuchillado.

Ben Norton cabeceó.

Aquello podía tener muy poca importancia en realidad, pero al fin y al cabo era su única pista. Y puesto que los dos casos eran muy parecidos, tal vez no fuera equivocado seguir el hilo que había dado la gorda.

—Muy bien —dijo—, en ese caso, me iré a la ciudad de Pershing.

—¿Pero no pasarás antes unas horas aquí?

—Lo siento, tengo prisa.

Y Ben Norton se dirigió a la puerta.

Se equivocó.

Él estaba habituado a luchar con hombres.

Habituado a romper mandíbulas de un solo golpe.

O a llenar cementerios.

Pero no contaba con la astucia femenina, y menos con las

astucias empleadas en un sitio como aquél. De pronto, alguien le hizo una zancadilla. Norton patinó sin darse cuenta de lo que sucedía.

La gorda gritó:

—¡Ya es nuestro…!

Y se sentó encima de él.

Era lo peor que podía sucederle a Ben Norton.

Ni una vaca pesaba tanto.

Las demás girls se lanzaron sobre él.

Aquello era la carga del Séptimo de Michigan.

Ben Norton gimió:

—¡Cuidado! ¡Que soy un hombre honrado! Mejor dicho, lo era…

CAPÍTULO VII

UN ABOGADO EN PERSHING

Cuando a la mañana siguiente reanudó Ben Norton el viaje, no estaba lo que se dice en su mejor forma. Le habían dejado sin dinero y además se sentía hecho polvo. Medio doblado sobre el cuello de su caballo, emprendió el camino de la ciudad de Pershing.

Llegó a ella al anochecer.

Pershing era una ciudad pequeña, pero bastante rica. Como las casas sólo tenían un piso, ocupaba una respetable extensión de llanura, pero sus habitantes eran pocos. Había un par de saloons, un banco, una iglesia, un abogado y un médico.

Ben Norton había conocido a bastantes abogados.

No en vano su vida de camorrista le había llevado bastantes veces a la cárcel.

Y sabía que en esa profesión se suelen dar los dos extremos: o son muy buenas personas, o unos indeseables. Faltaba saber a cuál de los grupos pertenecía el tipo al que iba a ver ahora.

Vio la placa en la puerta.

Era una casa elegante y bien cuidada.

Se coló en ella.

Por fortuna, ya se le iban pasando los efectos de la macabra noche en La Casa Amarilla, y se sentía mejor.

Una chica de unos veinte años estaba escribiendo tras una mesa.

Tenía la falda descuidadamente subida sobre las rodillas, de modo que la exhibición que ofrecía era fascinante.

Ben Norton se quedó alelado.

Y eso que ya estaba harto de mujeres desde la noche anterior.

Carraspeó.

—Señorita…

Ella le sonrió agradablemente.

—Hola.

—Ahí fuera hay una placa que dice que aquí está el despacho de un abogado.

—Y no se ha equivocado usted. En efecto, el despacho del abogado es éste.

—¡Ejem! ¿Y el abogado dónde está?

—Soy yo.

A Ben Norton se le cayó el sombrero «Stetson» que sostenía entre los dedos.

Se inclinó para recogerlo, lo cual le sirvió para dar otra mirada «de repaso» a las piernas de la chica.

Luego, en vista de que se mareaba, cerró los ojos.

—Señorita —dijo—, aquí debe de haber una confusión. Usted es demasiado joven.

—Terminé mi carrera hace dos meses.

—Por eso le digo que debe de ser una confusión. Yo quería preguntar por una mujer que pasó por aquí hace más de un año. Una dama no demasiado virtuosa en el sentido que usted entiende muy bien, y que se llamaba Lorena Manson.

—Ah, claro… —la hermosa muchacha entornó los párpados. Seguro que el que le recibió era mi antecesor.

—¿Y su antecesor? ¿Dónde está?

La chica se puso en pie.

Era alta. Lucía mejor el espléndido tipo que cuando estaba sentada.

—¿Cómo se llama usted? —musitó.

—Ben Norton.

—Pues venga conmigo, señor Ben Norton. Haga el favor.

Se puso un gracioso sombrerillo y salieron los dos a la calle. No hubo más que atravesarla y seguir luego el hermoso camino bordeado de árboles para llegar al cementerio. Ben Norton, que ya se había puesto el sombrero, se lo tuvo que volver a quitar. Todo aquello le hacía tan poca gracia que incluso empezó a recordar con añoranza a las chicas de La Casa Amarilla. Y eso que había salido bien harto de allí.

La muchacha le señaló una tumba con una elegante lápida de mármol rosa.

—Mire, señor Norton.

Norton leyó la breve inscripción:

ISAAC RAVESON
Abogado de la ciudad
de Pershing
Trágicamente muerto

Nada más.

Ni una fecha, ni una línea que diera más detalles a la gente.

Claro que las lápidas no están para dar detalles. Por lo general contienen sólo lo indispensable.

Musitó:

—¿Qué significa lo de «muerto trágicamente»?

—Que lo asesinaron. El señor Raveson era un hombre honesto, y que se dedicaba a hacer el bien. No tenía enemigos. Pero de pronto,

a raíz de la visita de una mujer que parecía ser una fugitiva, le clavaron dos balas en la espalda.

Ben Norton estaba asombrado.

Desde que salió de la cárcel de Dallas no había encontrado más que cadáveres, empezando por el de su hermano Gary. Ya se estaba arrepintiendo de haber salido.

—Esa mujer —musitó—, ¿podía ser Lorena Manson?

—Es muy posible. Yo no tengo demasiados conocimientos de esto, señor Norton, porque ocupé el puesto vacante hace poco, cuando la ciudad no tenía ningún abogado después de la muerte del señor Raveson. Por tanto no puedo darle detalles, pero me parece que esa mujer estuvo relacionada de algún modo con su trágica muerte.

—¿Sabe adonde fue ella? ¿Le han contado algo? Supongo que usted, al venir aquí, se interesaría por la muerte de su antecesor, ¿no?

—Naturalmente que me interesé, pero no he podido obtener detalles demasiado claros. Lo único que sé es que Lorena Manson era bastante bonita y que parecía una… bueno, una damisela de escasas virtudes, aunque aquí se comportara muy correctamente. Por lo que pude saber, el señor Raveson fue asesinado después de que ella se marchara.

—¿Sabe adónde se había dirigido?

—Posiblemente a Wellington. Como usted debe saber, Wellington es un sitio que no está demasiado lejos de aquí.

Norton susurró:

—Gracias, hermana, iré allí, ¿Le debo algo por las molestias?

—No me debe nada, señor Norton. Me encanta servir a la gente.

—Entonces, ¿quiere usted un consejo de un desalmado?

—Los consejos de los desalmados siempre me han parecido estupendos.

—En ese caso, óigalo. No enseñe tanto las piernas cuando esté sentada, muñeca.

Ella rió.

—¿Quiere usted tener la opinión de una desalmada, señor Norton?

—Las opiniones de las desalmadas me parecen sensacionales, sobre todo si las desalmadas tienen las curvas que tiene usted.

—Pues oiga bien esto. Las enseño para ver si vienen los clientes. Por algo se empieza.

Ben Norton se puso el sombrero de golpe, mientras lanzaba un respingo.

—No sabía que las mujeres fueran tan listas —murmuró.

Y dirigió una última mirada a la lápida de Isaac Raveson.

—Descanse en paz, abogado —dijo—. Su despacho está ahora en buenas manos, digo en buenas piernas…

* * *

Wellington.

La ciudad era muy extensa, porque también las construcciones tenían un solo piso, las casas serpenteaban por la llanura. Las manadas que pasaban cerca las envolvían siempre en una nube pertinaz y polvorienta.

Ben Norton entró en ella.

Sabía que iba a la deriva, y que en cierto modo se había alejado de su objetivo principal. Ya no buscaba a Nora Gaynor, sino a Lorena Manson. Confiaba, de todos modos, en que al hallar la pista de una hallaría más fácilmente la pista de otra.

Se metió en el saloon.

El saloon es un sitio estupendo para averiguar cosas.

Sujetó por el cogote al más viejo de la localidad.

Los más viejos de la ciudad suelen ser sensacionales para soltar todos los chismes de los sitios donde viven.

El vejete chilló:

—¡Si quiere saber cosas tendrá que pagarme un whisky! ¡Y si lo que pretende es conocer la dirección de alguna chica amable, la tarifa sube: dos whiskys!

Ben Norton encargó una botella.

Poco dinero le quedaba, pero confiaba en trabajar en algún rancho del camino para rehacerse.

—Hace más de un año que vino aquí una mujer que parecía fugitiva —dijo—. Era una dama a la que usted debió catalogar inmediatamente.

—Oh, á… —dijo el vejete—. Me acuerdo perfectamente de ella, Incluso le largué un pellizco.

—¿Y qué pasó?

—Ella me largó un guantazo y me sacó una muela sin anestesia. Eran dos las que me quedaban, pobre de mí. Al llegar a casa, mi mujer me sacó la otra.

Se lanzó a la bayoneta sobre la botella de whisky y, después de dejarla medio vacía, se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿Qué quiere saber? —murmuró.

—Exactamente dónde podría encontrar un rastro de aquella damisela. Si siguió su camino o se quedó en la ciudad.

—No soy capaz de decírselo, joven, pero el asunto me dio mala

espina. Tres individuos venían tras ella. La chica huyó por el camino de Battership, pero no sé si llegaría lejos. En fin, los tres individuos estaban de vuelta unas horas más tarde.

Ben Norton tuvo un lúgubre pensamiento.

Si los tres individuos volvieron, era porque habían dado caza a la fugitiva.

Y porque habían terminado su cochino trabajo.

—¿Hacia el camino de Battership? —musitó.

—Justo, amigo.

—¿Recuerda cuántas horas tardaron en volver?

—Quizá tres.

Ben Norton ya había bastante con aquello.

Se puso en pie.

—Gracias, abuelo. ¿Dice que no le queda ninguna muela sana?

—No, señor.

—Pues entonces, mejor para usted. Todo eso se ahorra.

Y se apartó a toda prisa.

En aquel momento una vieja armada de una escopeta de dos cañones entraba en el saloon hecha un basilisco.

—¡Maldito truhan! ¡Cerdo! ¡Indeseable! ¡Como vuelva a verte bebiendo, te mato! ¡Serás la perdición de la familia!

El viejo saltó bajo una mesa.

Norton saló por la ventana.

La vieja aulló:

—¡Camareroooo! ¡Otra botella para mí! ¿O es que no atienden a la clientela, maldita seaaaa…?

CAPÍTULO VIII

CAMINO DE SANGRE

Ben Norton sabía que tenía que calcular las distancias con cierta precisión. Tres horas significaban hora y media de ir y hora y media de volver, poco más o menos, porque también había que tener en cuenta la velocidad de los caballos.

Ben Norton iba examinando el camino atentamente.

No buscaba huellas.

Había transcurrido más de un año.

Pero en cambio buscaba algún edificio aislado que estuviera a menos de hora y media de camino en dirección a Battership. Si sus sospechas no estaban desencaminadas, tendría que encontrarlo.

Y, en efecto, lo halló más o menos en el sitio que había calculado. A una hora y cuarto más o menos saliendo de la población. Era una antigua construcción de piedra y madera que en otro tiempo debió servir como puesto adelantado de un fortín. Ahora las maderas de la empalizada se habían podrido, pero las paredes de piedra se encontraban en relativo buen estado. Lo menos hacía treinta años que allí no vivía nadie.

Ben Norton descabalgó.

Un lúgubre presentimiento le producía la sensación de frío en los huesos.

Todo estaba tan siniestro como el tiempo, un tiempo gris y cargado de nubes bajas.

Inspeccionó los alrededores, buscando no sabía exactamente qué. Los hierbajos lo cubrían todo, y entre los hierbajos se deslizaban, sinuosas, algunas serpientes que tenían sus nidos en las piedras. Los ojos de halcón de Ben Norton fueron vigilando todos los detalles.

Y al fin encontró lo que buscaba. Era una trampilla que descendía a lo que en otro tiempo debió ser el polvorín. La alzó con gran esfuerzo porque las raíces se habían estado hundiendo en ella. Un olor nauseabundo le saludó cuando pudo alzarla.

Los pensamientos trágicos de Ben Norton se estaban confirmando.

Pero aquel olor nauseabundo se esfumó en seguida. Valiéndose de un fósforo, el joven iluminó un poco el interior y luego descendió de un salto.

Lo que vio le hizo contener un grito.

Él estaba acostumbrado a muchas cosas. Un pistolero que además se pasa media vida en las cárceles de Texas ve cosas que a ningún hombre le gustaría ver.

Pero aquel cadáver momificado causaba una impresión desagradablemente inolvidable. La putrefacción no se había iniciado apenas a causa del clima terriblemente seco, que conservaba los cuerpos mucho más de lo que era normal. Eso le permitió ver a la mujer con mayor precisión, pudiendo así imaginarla cómo había sido en vida.

Vestía bien. Las ropas vaqueras que usó en su huida eran de buena calidad y aún se conservaban casi perfectamente.

La mujer, por su parte, debió ser bastante bonita.

Claro que resultaba difícil imaginar eso ante un cadáver de aquella clase, pero uno tenía que olvidarse de las pesadillas y tratar de ligar cabos.

No le cupo la menor duda de que era Lorena Manson. De que lo había sido. Su cadáver estaba allí, frustrándose así sangrientamente el intento de fuga.

¿Habría ocurrido lo mismo con Nora Gaynor?

¿También estaría muerta?

Ben Norton, venciendo su lógica repugnancia, registró los bolsillos de la momia y vio que no conservaba nada: ni un documento, ni un dólar. Luego, sabiendo ya lo que sabía, salió del sótano.

Fue a cerrar la trampilla.

Paz para los muertos.

Pero no pudo terminar su gesto.

Vio las seis botas. Las seis piernas.

Sus ojos se alzaron un poco.

Vio las caras de los tres pistoleros.

Y los seis revólveres.

Era una recepción en regla

Le iban a desear buena suerte con plomo.

Los tres tipos tenían en sus bocas la misma mueca burlona.

—Perfecto —dijo uno de ellos mientras abría en abanico sus Colt —. Tú mismo te has puesto junto a la tumba.

* * *

Ben Norton no había visto jamás a aquellos tipos, pero sabía que estaba en un mal camino. Las palabras sobraban. Tenía que salir de allí a tiros o «quedarse» para siempre. No había opción.

Murmuró:

—¿Qué pasa? ¿Sois el comité de recepción de ciudadanos

ilustres, muchachos?

Uno de ellos gruñó:

—Suelta tu petardo.

Norton sostenía la pesada tapa de piedra con la mano izquierda y tenía la derecha libre. Hizo un gesto suave mientras llevaba los dedos a la culata.

—Con mucho gusto —dijo.

Y rozó la culata.

Movió las dos manos a la vez.

Para hacer lo que hizo era necesaria no sólo una agilidad pasmosa, sino también una fuerza a toda prueba.

Sabía que no podría esquivar los balazos, puesto que sus enemigos le estaban apuntando ya. Pero disponía de la sólida tapa de piedra.

Para eso hacía falta una fuerza casi sobrehumana.

Para alzar aquella tapa y emplearla como escudo del modo que él la empleó.

Nada menos que cinco balas fueron instantáneamente al encuentro de aquella masa de piedra. Otro plomo pasó alto. Las cinco se estrellaron y se pulverizaron, aunque la tapa también quedó convertida en esquirlas. No hubiera podido resistir otra rociada semejante.

Ni Ben Norton lo permitió.

Su derecha había sacado ya el Colt. Hizo fuego por debajo de su improvisado escudo, actuando sobre seguro.

Los tres hombres no habían sabido moverse.

No esperaban aquel peligro.

Nunca pudieron llegar a imaginar que tuvieran la muerte tan cerca.

Los tres se contorsionaron dramáticamente, mientras chocaban uno con otro. Cayeron formando un confuso montón a los pies mismos de Ben Norton.

Uno de ellos necesitó otra bala.

Ben Norton se la dio.

En una situación así, hay que ser generoso.

Conviene no reparar gastos.

Cuando hubo clavado el plomo entre las cejas del que aún se movía, dejó la tapa y registró a los tres muertos.

Los tres llevaban cosas de bastante interés para él.

Tanto, que Ben Norton lanzó un silbido.

Al menos ya sabía dónde tenía que dar los siguientes pasos.

Y a él, puesto que ya había empezado a recorrerlo, no le

importaba seguir por aquel camino del infierno.

CAPÍTULO IX

LA CASA DE LAS CORTINAS ROJAS

Ben Norton puso las dos fichas sobre la barra.

—Eh, amigo.

El camarero se acercó a él.

—¿Qué desea, forastero?

Ben Norton mostró el abultado fajo de dólares que llevaba en uno de sus bolsillos.

«Regalo» de los pistoleros muertos.

Ahora ya no iba corto de dinero.

Y mostró las fichas.

—Esto me lo han dado unos amigos —dijo—. Me recomendaron que visitase el sitio. Tiene las iniciales «P.H.».

—Sí —dijo el camarero.

—¿Y qué significan?

—Pleasure House, es decir, Casa del Placer. Son fichas de juego de las que se emplean para apostar allí. No está lejos.

—Ah…

—Pero, oiga, amigo.

—Oigo —dijo Ben.

—¿Cuánto dinero lleva?

—Unos ochocientos pavos.

—Poco es para meterse en un sitio como ése. En todo caso, no suba a las ruletas del piso superior. Quédese en la planta baja.

—Gracias por el consejo, amigo.

Y fue a largarse.

—Eh… ¿No toma nada?

—¿No me ha insinuado que guarde todo mi dinero para esa casa? Pues voy a hacerlo.

Salió del saloon donde había hecho la pregunta.

Cruzó la calle.

Ahora ya había visto la casa a causa de las iniciales que había en el tejado: «P. H.». Era uno de los pocos edificios de dos pisos y tenía las cortinas rojas.

Ben Norton lo miró.

Hermosa pocilga.

Y perfumada.

Debía de ser un negocio redondo, uno de esos negocios que hacen poner a la gente los ojos en blanco.

Entraba y salía mucha gente.

Se notaba que la gente entraba allí arrastrando casi sacos de oro. Y salía con la cara amarilla y pesando bastante menos.

Pero ya se sabe que los hombres no nos corregimos. Seguro que a la semana siguiente volvían, después de hacerse con nuevas «provisiones».

Ben Norton entró también.

Había numerosas mesas de juego.

Todas ellas eran atendidas por chicas.

Por caritativas y virtuosas muchachas que sólo tenían un defecto: después de jugar en sus mesas, no le quedaba a uno ni el pescuezo.

El joven fue a cambiar el dinero por fichas. Ya se había dado cuenta de que en las mesas no se empleaban monedas.

Fue a la caja, muy bien protegida por dos guardianes, y pidió:

—Cámbieme cien dólares.

Dos manos ágiles y duras se hicieron cargo de los billetes y le pasaron las fichas. Ben Norton no supo qué admirar más, si la fuerza que debían tener aquellas manos o la agilidad de aquellos dedos que debían ser insuperables para manejar el Colt

Tuvo curiosidad por ver al dueño de aquellas manos. Atisbo por entre las rejas doradas de la taquilla.

Y entonces tuvo una violenta sorpresa.

El cajero era ciego.

Con los ojos cerrados y marcados por dos profundas cicatrices, repartía los billetes y las fichas sin poder verlos, guiándose sólo por su prodigioso tacto.

El ciego murmuró:

—Servido, señor.

—Lo que usted hace tiene mucho mérito —dijo sinceramente Ben Norton, que no concebía cómo una persona podía ir por el mundo sin poder valerse de sus ojos.

—A todo se acostumbra uno. Es usted forastero, supongo.

—Sí.

—Le deseo suerte.

—Vamos, macho —dijo Ben riendo—, lo que usted desea es que me tenga que empeñar hasta los pantalones. Pero no se lo reprocho.

Y fue hacia una de las mesas.

Allí se jugaba a los dados.

La chica que servía llevaba una faldita que apenas le cubría sus bien torneados muslos.

Musitó:

—Suerte, forastero.

—Todo el mundo me la desea hoy —dijo suavemente Norton.

—Pues pruebe si esos deseos se convierten en realidad. Lo tiene al alcance de su mano.

Ben Norton sonrió:

—¿Tiene número fijo la casa?

—No. Yo apuesto en nombre de la casa, pero siempre a números distintos.

—Ah, ya.

Norton sopesó los dados.

Estaban lastrados.

Que le vinieran con bromitas a él, que se había pasado temporadas en la cárcel con los más granujientos jugadores de California.

Pero se encogió de hombros.

Le daba lo mismo perder que ganar.

Como el dinero no le había costado gran trabajo conseguirlo.

—Me gustaría saber el nombre del cajero —susurró.

—¿Por qué?

—Es un tipo curioso. Tiene las manos muy fuertes. Y todo él refleja agilidad y corpulencia.

—No es para menos. Fue campeón de boxeo en tres estados.

—Ah, diablos.

—Quedó ciego en un combate desgraciado. Le causaron una lesión en el cerebro.

—Ah, diablos.

—No comprendo por qué tiene que decir tantas veces «diablos», forastero.

—Porque tienes una carrera en la media. Se te va a estropear.

Ella se la tensó picarescamente y dijo:

—Ah, diablos.

Y rieron los dos.

Los dados rodaron por el tapete.

—Cinco —dijo Norton.

—La casa al tres.

Salió el tres.

Norton no se afectó demasiado, porque ya se hacía cargo de que si quería obtener informes tendría que soltar un poco de pasta. Después de perder otras dos veces la apuesta mínima, que era de cinco dólares, murmuró:

—La casa tiene pistoleros fijos, supongo.

—¿Por qué? ¿Buscas empleo, forastero?

—No, pero tres amigos míos trabajan aquí. Ellos me dieron las fichas para que visitase la casa.

—¿Quiénes son?

—Fred, Bud y Monty.

El joven conocía los nombres por los documentos hallados en los tres muertos. Notó que la chica sonreía.

—Ah, sí… Esos tres brutos. Pero me parece que ahora no están aquí. Han salido para un trabajo y todavía no han vuelto.

Norton pensó:

«Tardarán».

Pero volvió a jugar. Apostó al seis. Allí se lanzaban los dados tres veces y ganaba el número que se repetía un mínimo de dos.

Una voz de mujer dijo a su espalda:

—El uno.

Norton pestañeó.

Los dados rodaron.

El uno. El uno. El uno.

La cantidad se repitió tres veces. Norton sonrió.

—Tiene usted suerte —dijo—. Apostaré al uno yo ahora.

—Yo al tres.

Se hicieron las tiradas.

Tres. Tres. Tres.

Era el único número que se había repetido en los dos dados de cada una de ellas.

Norton pagó las fichas que había perdido.

Hizo una seña a la chica de la mesa.

Y tomó por el brazo a la jugadora que había llegado en el último momento y que acababa de embolsarse un pequeño fajo de dólares.

La miró a los ojos.

Su expresión era sorprendida.

—Yo creí que los abogados como usted no se dedicaban a los juegos de azar —dijo—. Eso da mala nota.

—Es que soy un abogado de mala nota —soltó ella con la mayor tranquilidad.

—Es curioso… ¿Se da cuenta de que no sé aún su nombre?

—Me llamo Stella Wilbur. ¿Y usted me ha dicho el suyo?

—Ben Norton.

—Fácil de recordar.

—¿Por qué me sigue, Stella Wilbur?

Ella rió quedamente. Ya no mostraba unas piernas tan suculentas como en el despacho. Iba vestida de damisela respetable. Incluso llevaba el sombrerito tan gracioso con el que fue al

cementerio.

—Su caso es muy interesante —dijo.

—¿Mi caso?

—Sí. He visto que había descubierto el cadáver de Lorena. Ha conseguido más en unos minutos que el sheriff en casi dos años. Y también he visto que había dejado a tres «testigos» en el sitio. Tres «testigos» dispuestos a declarar.

—No me diga.

—Es usted un tipo de alivio, Norton.

—Es que usted me mira con buenos ojos.

—¿Qué busca?

—¿Y usted?

—Quiero descubrir a los hombres que asesinaron al abogado que me antecedió. Lo crea usted o no, era una buena persona. Yo le conocí sólo por referencias, pero éstas eran tan buenas que no quiero que su muerte quede impune.

—Todo un discurso, nena. ¿Y espera que yo consiga vengar a aquel pobre tipo?

—Usted lo hará mejor que el sheriff.

Ben Norton pestañeó.

No dijo ni que sí ni que no.

Sólo tendió la mano derecha.

—Venga mi parte —dijo.

—¿Qué?

—Mi parte.

—¿Por qué? ¿Es que usted me ha ayudado a ganar?

—Y tanto —dijo Ben Norton con la mayor cara dura—. Mientras la jugadora de la casa iba a tirar, yo le estaba atizando cada pellizco que la dejaba morada. No ha podido manejar bien los dados lastrados. ¿O por qué cree que ella no ha ganado nunca? ¿Porque ha salido alguna ley que lo prohíbe, chata?

CAPÍTULO X

DISPAROS AL ANOCHECER

Stella Wilbur se quedó pasmada.

Quizá nunca se había encontrado ante un tipo que tuviera aquel aplomo.

Aquel cinismo.

Pero Ben Norton no hizo demasiado caso de su expresión. Por el contrario, preguntó:

—¿Qué? ¿Viene bien una copa?

—¿Cómo se atreve a invitarme a beber igual que si yo fuera una golfa? —preguntó ella con las facciones lívidas—. Es usted un indeseable, Norton.

—Nadie ha dicho lo contrario, preciosa.

—Ni yo he dicho tampoco que no quiera beber. Hay que aprovechar las gangas, ya que en mi oficio se gana tan poco… Venga esa copa.

Mientras estaban instalados en un lado de la barra donde no había nadie, ella bebió un sorbo del whisky que acababan de servirle y musitó:

—¿Puede saberse qué es lo que busca, Norton? Ha matado a tres hombres y supongo que no le importará matar a tres más. O los que sean. ¿Por qué todo eso?

Él musitó:

—Verás, yo tenía un hermano llamado Gary.

Y contó toda la historia. Contó todo lo ocurrido desde que él se presentó en Amarillo descendiendo de la diligencia.

Ella le escuchaba con la mayor atención.

Sin pestañear siquiera.

Al fin susurró:

—Es incomprensible…

—Mataron a mi hermano y trataron de matarme a mí. No sé por qué, puesto que en aquella ciudad ni siquiera me conocían.

—¿Sospecha de alguien?

Norton alzó levemente el vaso.

—Nena, haría falta estar borracho, y yo lo estoy bastantes veces, para no sospechar.

—¿De quién?

—Por ese tal Reston, el tipo que tiene la casa de placer y de juego en diversas ciudades, no apostaría ni un níquel.

—¿Por qué crees que mató a tu hermano? Mejor dicho, ¿por qué lo hizo matar por aquella desgraciada? Porque supongo que le ofreció una elevada recompensa si lo despachaba y luego la hizo ahorcar para que no hablase. No le dejó a la mujer tiempo ni para respirar. Obró como un perfecto canalla, o al menos eso es lo que yo supongo.

—Supones bien, nena.

—Quizá pensaba heredar el dinero de tu hermano —murmuró Stella—. Quién sabe si tenían algún documento firmado en ese sentido.

—Es posible, pero en tal caso, el heredero legítimo era yo.

—Y por ello intentó también hacer que te mataran.

Norton reflexionó ante las palabras de la joven abogada. Podía ser verdad lo que ella decía. Pero de todos modos le parecía que las cosas, aun así, no acababan de cuadrar.

—Mi hermano era muy rico —dijo—, y comprendo que su fortuna pudiera ser ambicionada por cualquiera. Aunque tampoco parece lógico que Reston haya llegado a crímenes tan repugnantes para conseguir sólo eso. Si Reston fuese un delincuente muerto de hambre, lo entendería mejor. Pero en la posición en que él está puede picar mucho más alto.

—Pues no veo yo que haya nada más, Ben.

Él cabeceó.

—Ni yo tampoco. Y sin embargo, tiene que haberlo.

—Quizá la cosa venga de más lejos. ¿Qué era tu padre?

—Mira, nena, no compliques las cosas. Los abogados lo enredáis todo. Si seguimos hablando aún resultará que mi padre te debía dinero.

—No seas exagerado, Ben, y déjame obrar a mí modo. ¿Qué era tu padre? Dímelo.

—Tenía un rancho.

—¿Bueno?

—Psché, la verdad es que no estaba nada mal. Puede decirse que mi hermano Gary y yo fuimos muchachos ricos durante los primeros años. Nuestros caballos no daban abasto para recorrer las tierras que íbamos a poseer un día. Pero de pronto, todo empezó a cambiar.

—¿Por qué?

Norton señaló resignadamente a las chicas, muy ligeras de ropa, que se movían por entre las mesas.

—¿Ves a esas chicas que no están nada mal?

—Sí, claro.

—Pues mi padre se encaprichó de una de ellas. Una «señora» de las de marca. Cuando ella le sopló hasta el último dólar, cuando mi padre no tuvo ni un metro cuadrado donde caerse muerto, ella le abandonó limpiamente. Creo que entonces, y sólo entonces, el pobre hombre se dio cuenta de lo que había hecho. Había causado la muerte prematura de su mujer, consumida de asco y de vergüenza. Había dejado en la pura ruina a sus hijos. Sólo entonces se dio cuenta de lo que había hecho. Nadie le reprochó nada, pero él se quedó dos días quieto en un rincón, mirando al vacío. Al tercer día, Gary y yo quisimos hablarle, pensando que ya se sentiría mejor, y lo encontramos muerto.

Stella Wilbur había escuchado en silencio.

Sus ojos estaban levemente nublados.

Ya no se acordaba de beber.

Con un soplo de voz, musitó:

—Una triste historia, Ben. Triste de verdad, pero en el Oeste hay muchas de esa clase.

—¿Te das cuenta de que eso nada tiene que ver con lo que nos ocupa?

—Cierto. Parece que nada tiene que ver con la fuga de esas dos mujeres, una de las cuales, Lorena Manson, ya está muerta. Parece que nada tenga que ver tampoco con el extraño asesinato del abogado que me precedió. Y sin embargo…

—¿Sin embargo, qué…?

—No sé. No me hagas caso, pero yo siempre he tenido la creencia de que a las personas no les ocurren las cosas porque sí. Todo está relacionado.

Bebió un nuevo sorbo de licor y susurró:

—¿Cómo se llamaba aquella mujer, la que arruinó a tu padre?

—Y dale…

—Ya sé que es una tontería, pero ¿cómo se llamaba?

—Patricia Kenton.

—Nunca la he oído nombrar.

—Pues oye esto: cómprate una botella, métete en la cama con ella y zúmbatela hasta que no quede ni una gota. Verás cómo entonces te parece que eres el mejor abogado de Estados Unidos.

Hizo un gesto de hastío y se largó.

No podía decirse que Norton fuese muy educado con las mujeres finas.

Se dirigió al centro de la ciudad.

Buscaba un hotel.

Ahora que tenía dinero largo, conseguido con tanto «trabajo»,

podía permitirse el lujo de dormir en una cama blanda.

Encontró un hotel que le pareció bien.

Alquiló una habitación.

Sé tumbó en la cama a dormir porque necesitaba alejar sus turbios pensamientos y despejar la cabeza.

Estaba anocheciendo.

Consiguió dormir un rato.

Pero como les ocurría a todos los pistoleros de la llanura, puede decirse que durmió con un ojo abierto. Eso fue lo que le permitió oír el chasquido de la puerta que tenía enfrente y que sin duda daba a la habitación contigua.

Alzó un poco la cabeza.

Y de pronto balbuceó:

—Oh, no…

Una chica había pasado de una habitación a otra distraídamente.

Era muy importante lo que llevaba aquella chica.

Y más importante aún lo que NO llevaba.

Fuera del corsé y las medias, los zapatos y una indispensable prenda íntima, puede decirse que aquella muñequita se había olvidado de todo lo demás.

Norton repitió:

—Oh, no…

Ella canturreaba sin mirarle.

Era como una maravillosa fascinación.

Era como para hacer recobrar la vista a un ciego.

Norton repitió:

—Oh, no…

Tomó el revólver.

Apuntó instantáneamente.

No a la chica. De verdad. A la chica no.

Sus dos disparos instantáneos, fulminantes, hicieron temblar la puerta principal de la habitación, la que daba al pasillo.

El tipo que le estaba apuntando con una escopeta de dos cañones cayó fulminado.

Una brusca mancha roja había aparecido en su frente.

La escopeta cayó al suelo sin haber llegado a dispararse. Norton, que iba completamente vestido, saltó de la cama.

—Mira, Ingrid —gruñó, clavando sus ojos en la hermosa y espectacular sobrina de Reston—, ya es la segunda vez que apareces en paños menores ante mí y la segunda vez que intentan matarme aprovechando que yo estoy atontado mirando tus piernas desde primera fila. O inventas otro sistema, o te juro que la próxima vez

ya no te miro, nena.

Ella lanzó un gritito.

De pronto pareció darse cuenta de que Ben Norton estaba allí.

Se volvió de espaldas y corrió hacia la habitación.

Demostró de nuevo que los encantos de su retaguardia estaban de acuerdo, pero que muy de acuerdo, con los encantos de su agresiva delantera.

En nuestra época le hubieran gritado:

—¡Nena, que con esa delantera y estas defensas vas a ganar la Recopa!

Pero entonces no existían tales adelantos y la gente era más educada. Por eso Norton dijo sencillamente:

—¡Chata! ¡Guapetona! ¡Chula! ¡Pechugona! ¡Que van a tener que ensanchar los pasillos del hotel, porque de perfil no pasas!

—¡Yo alquilé dos habitaciones juntas! —gimió Ingrid, parapetándose detrás de la puerta—. ¡Me han engañado!

—¡Pues mira que a mí…! ¡Yo que miraba de buena fe…!

Y ya no se ocupó más de ella.

Sabía que hubiera tenido que clavar a Ingrid una bala entre las cejas.

Y no quería hacerlo.

No quería hacerlo por una cuestión de principios. Pero además porque prefería dejar cuerda libre a la chica y a su tío, el honorable señor Reston. Quizá aquella cuerda le llevaría a alguna parte.

Salió al pasillo.

Vio al muerto.

Fue a registrarle.

Pero en aquel momento vio la sombra que trataba de situarse en las escaleras llevando también una escopeta de dos cañones. Norton se pegó al suelo y disparó instantáneamente.

A otro quizá le hubiera sorprendido.

Él, en cambio, tenía la agilidad y la astucia de un coyote.

Su enemigo se derrumbó escaleras abajo, aunque esta vez Ben Norton sabía que no le había dado en ningún punto vital. Corrió tras él y le alzó la cabeza.

No pudo evitar un gesto de desesperanza.

Le había dado demasiado bien, a pesar de todo. Aquel hombre iba a morir de un momento a otro.

Pero el herido no se daba cuenta. Brillaba en sus ojos el ansia de vivir,

—Voy a llamar a un médico —dijo Norton aun sabiendo que no haría falta—, pero antes dime si tú interviniste en la muerte de

Lorena Manson.

—Yo… yo… sí…

—¿Por qué la liquidasteis?

—Ella había robado dinero de… del patrón. Y había huido…

—¿Eso es tan grave?

—No creas que todas las chicas del patrón están concón… contentas con su destino.

—No hace falta que lo digas. Imagino que gran parte de ellas han sido engañadas o actúan bajo amenazas. ¿Pero siempre Reston toma medidas tan salvajes?

—Es que… ese dinero es para… para…

—¿Para quién? ¡Habla!

—Para salvar a otras chicas… Hay alguien aquí que las deja libres… si le pagan…

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Quién? — repitió Norton.

—¡Te juro que no lo sé! ¡Y llama al médico de una vez! ¡Me estoy desangrando! ¡Por favor, llama al médico!

Norton musitó:

—Voy a hacerlo.

Pero sabía que era inútil.

Apenas hubo dejado de sostener la cabeza del otro, cuando éste hizo un movimiento brusco y se quedó terriblemente rígido.

Norton apretó los labios.

Muy bien.

Ya sabía bastantes cosas más.

Uno de los hombres de confianza de Reston se dejaba convencer por un fajo de billetes. Y liberaba a alguna de las muchachas esclavizadas allí. Lorena había robado a su desalmado jefe no sólo para salvarse ella, sino para salvar a alguna amiga.

Norton subió las escaleras, pasando por encima del cadáver.

Tenía medios para averiguar más cosas.

La muñequita del corsé.

Iba a colgarla de una lámpara para que le dijese todo lo que sabía.

Pero cuando llegó a la habitación contigua, la muñequita ya se había evaporado. Era increíble la rapidez con que actuaba aquella chica. Sólo quedaban unas cuantas prendas esparcidas por la habitación, unas prendas que sin su dueña no valían gran cosa.

El joven volvió sobre sus pasos y registró al primero de los dos muertos.

No llevaba nada de interés, salvo una simple nota que decía: «Bulevar Kensington».

Norton arqueó una ceja.

¿Bulevar Kensington? ¿Qué diablos era aquello?

Pronto lo sabría…

Al primer vejete que encontrara por la calle lo haría hablar o de lo contrario le metía de cabeza dentro de una de las botas…

CAPÍTULO XI

UN HOMBRE EN EL PASADO

¡Eh, suélteme! ¡Suélteme! ¡Yo soy un respetable ancianoooo!

Norton había agarrado al vejete en la misma puerta del hotel.

Y no estaba dispuesto a soltarlo.

—Le pagaré un whisky, abuelo.

—Si vuelve a llamarme abuelo, le mato.

—Dos whiskys.

—Eso es ponerse en razón. ¿Qué quiere saber? Porque cuando alguien agarra a un viejo, es para preguntarle cosas.

—Usted tiene pinta de haber llegado aquí con Cristóbal Colón.

—Se equivoca. Yo llegué antes.

—Lo imaginaba.

—Cristóbal Colón también me agarró por el cogote como hace usted, para preguntarme cosas.

—Pues oiga bien, abuelo. Quiero saber qué es eso que llaman el Bulevar Kensington.

El abuelo bizqueó.

—¿No lo sabe?

—No.

—¿De veras?

—No.

El vejete le gritó entonces:

—¡«Desgraciado»!

—Hombre, no hay para ponerse así —murmuró Norton, que no las tenía todas consigo.

—Bulevar Kensington es un saloon de Purcell City donde hay unas chicas así y así. ¡Ah, si yo tuviera setenta años menos! ¡Ya iba a tenerme controlado mis hijos como me tienen ahora, ya…!

—Está bien —dijo Norton—. Iré a Purcell City.

—Espere. Aún no le he dicho todo.

—¿Hay más?

—Las chicas allí son honradas. Nadie las explota. Bailarinas y nada más. Pero Bulevar Kensington tiene también otro significado. Es el nombre del rancho más importante de todo el territorio. Una auténtica maravilla. Una millonada, amigo. Allí el oro cae de los árboles. Si quiere entrar en ese rancho, límpiese antes las botas.

Norton soltó al vejete.

—¿También está en Purcell City?

—Sí.

—Pues pienso ir. Tome, abuelete, para que se compre una botella.

Y le largó diez dólares.

El vejete gruñó:

—Se me va a curar el reuma de golpe, muchacho.

Y salió corriendo.

Si aquel condenado había tenido reuma alguna vez, lo disimulaba muy bien.

Ben Norton fue en busca de su caballo.

Quería ir cuanto antes a Purcell City. No sabía si la pista era buena, pero necesitaba seguirla cuando aún estaba caliente. Sabía por experiencia que las pistas se esfuman si uno deja pasar el tiempo.

Se dirigió a la cuadra pública.

Y de pronto, alguien salió a su encuentro.

—Ben…

Ben Norton llevó las manos a la cabeza.

—¡Stella! ¿Pero tú otra vez? ¿Es que no tienes que hacer nada más importante que seguirme?

—Estoy sin blanca, Ben. He jugado a los dados con aquella chica.

—¿Y qué?

—Me ha mondado. Y por culpa tuya.

—¿Quéeee?

—¡Claro! ¡Ahora no había nadie que la pellizcase!

Norton se pasó pensativamente la mano por la mandíbula.

—¿Ves? En eso tienes razón, chata.

—¡Por lo tanto, tú eres el responsable!

—Ya decía yo que acabaría debiéndote dinero.

—Por tu culpa he perdido veinte dólares. Suéltalos.

—¿Sabes que tratar con abogados resulta la mar de barato?

—Haber estado más atento al peligro, muchacho. Al fin y al cabo es tu obligación.

Norton le puso el dinero en la mano.

—¡Muy bien, muñeca! ¡Toma y emborráchate! ¡A ver si me haces caso de una vez!

Y se largó a toda prisa en busca de su caballo.

Quería ir en seguida a Purcell City, antes de que aquella entrometida le siguiera.

De pronto se detuvo mientras unas gotitas de sudor nacían en su frente.

—Kensington Bulevar… Ahora lo recordaba confusamente. ¿Dónde había oído antes aquel nombre? ¿En qué sitio remoto de su pasado había tenido importancia un día?

Al fin se encogió de hombros y siguió andando.

Al llegar a Purcell City lo averiguaría. Además, le habían dicho que Purcell City era una magnífica ciudad. Cierta vez descarriló allí un tren que llevaba ron y al día siguiente no sólo no encontraron el cargamento, sino que la gente había limpiado hasta los raíles con la lengua. Lo que se dice no desperdiciar una gota.

CAPÍTULO XII

LA ALEGRE PURCELL CITY

Ben Norton llegó un día más tarde a la ciudad, después de hacer unas horas de alto para descansar y asearse. Le pareció un sitio estupendo. Ya en la primera calle distinguió a tres borrachos y a cuatro tipos que en medio de la calzada habían organizado una partida de cartas.

Y distinguió también el saloon.

Era un edificio casi majestuoso.

Cuatro pisos.

Y se notaba a primera vista que era un sitio de buenas costumbres.

Alguien había dejado olvidada una baraja marcada en la puerta.

Los borrachos medio colgaban de las ventanas.

Ben Norton descabalgó.

Vio a un tipo que tenía aspecto de guardián de aquel confortable antro.

—Quisiera ver al dueño —murmuró.

—Querrá usted decir a la dueña.

—¡Ah! ¿Es una propietaria?

—Y qué propietaria, amigo.

—No exagere. Me parece que está haciendo usted propaganda de la casa.

—¿Ah, sí? Pues sepa usted que a la propietaria de todo esto la llaman el Tren.

—¿Por qué?

—Pues porque está como un tren, hombre.

—¿De sucia?

—No sea bestia. De… de… de potencia. Vamos, que usted me entiende.

—Lo que me parece es que usted sigue haciendo propaganda de la casa.

—Narices. Mire.

Y le hizo entrar.

En el local, que a aquella hora estaba siendo limpiado, ensayaba una orquesta. Un par de contables hacían el arqueo de la caja. Un barman reponía las botellas. Todo tenía ese aspecto un poco tristón de los lugares de diversión cuando ya ha pasado la hora de divertirse.

—Ahí tiene el retrato —dijo el empleado—. Esta es la dueña.

En efecto, allí estaba el retrato de la dueña.

Y su nombre.

Norton arqueó una ceja.

—¿Es ésta?

—Y que lo sea por muchos años, amigo. ¿Qué? ¿Tenía razón o no?

—Cierto. Está como un tren.

—A mí lo que más me gusta es el furgón de cola.

—Pues a mí los parachoques.

El contable dejó de apilar billetes para gritar:

—¡Pues a mí los frenos! ¡En cuanto te desmandas un poco, te atiza un guantazo que te desloma!

Norton se sirvió él mismo un vaso de whisky.

Lo bebió de un trago y murmuró:

—Voy a ver si los raíles tienen buenas curvas.

Montó a caballo y se dispuso a seguir su camino. Desde la puerta gritó:

—Supongo que la dueña estará en el rancho, ¿no? ¿Por dónde se va allí?

—Siga la calle en línea recta y encontrará una indicación. ¡Ah! ¡Y cuando vuelva pague el whisky!

—¿Qué whisky?

Picó espuelas.

En efecto, no le fue difícil encontrar el rancho llamado Kensington Bulevar.

El nombre podía ser un tanto extraño.

Pero el rancho era sensacional.

Ben Norton no recordaba haber visto jamás una cosa parecida.

Y cualquiera que hubiese visto al joven habría pensado: «A este tipo le pasa algo raro».

A Norton le gustaban con locura los ranchos. Quizá por haberse pasado tanto tiempo en los juzgados y en las cárceles, adoraba los sitios como aquél, en que la sensación de libertad era maravillosa y en que hasta el aire resultaba distinto.

Y sin embargo, sus facciones estaban contraídas.

Reflejaban rencor.

Diríase que incluso destilaban odio.

Llegó hasta el edificio principal, que era tan espléndido como todo el resto de la propiedad. Dos hombres armados con rifle vigilaban ante la puerta.

No era una precaución excesiva.

Había que tener en cuenta que una riqueza como aquélla podía atraer a todos los bandidos de la comarca.

Norton descabalgó tranquilamente.

Uno de los guardianes murmuró:

—Eh, amigo.

—Quiero ver a la dueña —dijo Norton.

—Si la dueña estuviese aquí para que la vieran los desconocidos, la cola llegaría hasta México.

—A mí me recibirá.

—¿Y por qué ha de recibirte?

—Dígale que me llamo Norton.

—A mí me toca las narices. Como si quiere llamarse Abraham Lincoln.

Norton ya estaba llegando al límite de su paciencia.

No había venido allí en son de paz.

Y encima sólo le faltaba eso.

De modo que gruñó:

—Es que resulta que me llamo Abraham Lincoln, macho.

Y disparó un gancho con su marca de fábrica, uno de aquellos ganchos que le habían dado triste fama en los más «distinguidos» penales de Texas.

El guardián sintió que le despegaban los pies del suelo, dio una vuelta de campana y a partir de aquel momento dejó de interesarse por el nombre de la gente.

El otro levantó el rifle.

Estaba dispuesto a disparar.

Norton también, aunque sólo fuera con sus puños.

Largó otro gancho.

El guardián quedó sentado en las escaleras, junto a un letrero rodeado de flores que decía: «Cuidado con el perro».

Ben Norton pasó al interior.

Seguía teniendo cara de tormenta.

Sus ojos estaban turbios.

Sus puños cerrados.

Una puerta. Dos puertas. Una sala distinguida. Otra sala todavía mejor. Ben Norton avanzaba como un ciclón hacia el interior de la casa.

Y entonces la vio.

Se conservaba joven, la muy maldita.

Perfecta.

¿Qué edad debía tener? ¿Cuarenta años?

Llevaba ropas muy ceñidas. Sabía cuidarse. Sabía vestir.

Sabía mirar con desafío cuando clavó los ojos en él.

—¿Quién eres, forastero?

Ben Norton disparó el brazo derecho.

Con la mano abierta, claro.

De lo contrario, la mata.

Pero aun así, la bofetada fue tan estridente, tan dolorosa, que la mujer cayó a sus pies con los labios bañados en sangre.

Le miró sorprendida. No había miedo en sus ojos, sino que seguía habiendo desafío. Con una extraña dignidad, musitó:

—¿Por qué?

Ben masculló:

—Veo que has corrido un camino muy largo y muy provechoso, zorra.

—¿A qué viene eso?

—Has invertido bien el dinero que le sacaste a mí padre.

—¿Tu… padre?

—Me llamo Ben Norton.

Y miró desde arriba a Patricia Kenton, que también había alzado los ojos hacia él y le contemplaba asombrada. Brilló algo muy extraño en sus pupilas. Resultó imposible adivinar lo que pasaba por sus pensamientos.

Patricia Kenton debió ser años atrás, en efecto, una mujer enloquecedora. En aquel tiempo era mucho más joven que el ranchero Norton, por lo cual ella debía de tener ahora cuarenta años solamente. ¡Y qué cuarenta años! Los llevaba con tanta gracia que aún hubiera enloquecido a cualquier hombre, confirmando lo que siempre pensó Ben: que su padre, a pesar de todo, no podía haber perdido la cabeza por una cualquiera.

Ella bisbiseó:

—Es… es imposible.

—El pasado siempre vuelve, muñeca —dijo sordamente él—, aunque sólo sea para poder convencernos todos de que has sabido aprovechar bien el dinero que robaste.

—En efecto, lo… lo he hecho fructificar mucho.

—Fundaste esto cuando estabas expoliando a mí padre, ¿no? Lo fundaste con su dinero. Yo recuerdo este nombre de Kensington Bulevar antes de que nuestro rancho se fuera al diablo.

—Sí. Lo… lo fundé entonces.

—Pues lo has hecho crecer mucho. Me creo en la obligación de felicitarte, puerca.

Los insultos eran bastante fuertes para que ella intentase hacer algo, pero en lugar de eso la mujer seguía mirándole con ojos

mansos y tristes. Lo único que preguntó al cabo de unos instantes de denso silencio fue:

—¿Y tu hermano Gary?

—Murió asesinado.

Ella tuvo un estremecimiento.

Se puso en pie poco a poco, mientras temblaban sus labios.

—Lo… lo siento —musitó—. De verdad lo siento, Ben. No… ¿no tuvo tiempo de decirte nada?

—¿Decirme qué?

—Tú también estás en peligro de muerte —susurró ella inesperadamente, en un tono patético—. Debes ocultarte. Si quieres, escóndete aquí mismo.

—¿A qué viene eso?

—Te juro que estás en peligro de muerte, Ben…

—Demasiado lo sé.

—Aquí siempre tendrás un refugio.

Ben Norton cada vez entendía menos aquello, pero una cosa iba apareciendo clara para él: se trataba de una trampa. De modo que preguntó con sorna:

—¿Para qué quieres que me quede? ¿Para poder matarme con más comodidad?

Ella fue a contestar.

Pero en aquel momento el cañón de un Colt se apoyó en la nuca de Ben Norton.

No había oído nada.

Tenía al verdugo a su espalda sin haberlo advertido siquiera.

—¿Disparo, señora? — preguntó una voz espesa—. ¿Lo dejo seco aquí mismo?

Ben Norton se dio cuenta de que había sido un estúpido.

Llevado por el impulso de sus recuerdos, se había metido en la boca del lobo sin tomar ninguna precaución.

—¿Disparo, señora?

Norton pensó febrilmente:

«Ahora ella dirá que sí, claro… Y se dará el gusto de ver cómo me vuelan la cabeza.»

Por eso la sorpresa le dejó casi mudo cuando ella susurró:

—No, déjalo. Si no quiere quedarse aquí, deja que se vaya.

—Pero, señora, ha dejado planchados a dos hombres…

—Que se vaya.

Norton no salía de su asombro.

Con los ojos entornados miró a la mujer. Se dio cuenta de que nunca la entendería. Volvió bruscamente la espalda y apartó el Colt

que aún le estaba apuntando.

—Lárgate y que te den unas friegas de vinagre, amigo.

El pistolero no supo qué contestar. Miró a su dueña.

Ben Norton salió del lujoso rancho que había sido fundado por una zorra con el dinero de su padre. Una zorra que ahora, por los caprichos del destino, era nada menos que una gran señora, una señora que se había permitido el lujo de expulsarle arrojándole encima sus perros de presa.

El joven volvió a la ciudad.

Tenía los nervios a punto de estallar.

Y no contribuyó precisamente a calmarlos el hecho de que encontrara por el camino a la inevitable Stella Wilbur, quien preguntó:

—¿Qué? ¿Ya has encontrado el rancho, amigo? ¿Te han preparado un ponche caliente?

CAPÍTULO XIII

«¿PERO POR QUE?»

Los dos habían vuelto al Pleasure House, donde estaban reunidos en un reservado. Los dos se miraban fijamente, sin querer dar rienda suelta a sus pensamientos, quizá porque pensaban que esos pensamientos no les iban a llevar a ninguna parte.

Al fin Norton repitió la pregunta que había hecho otras veces y que ella no había contestado. Susurró:

—¿Por qué me persigues, Stella?

Ella musitó:

—Quizá porque me gustas.

—No digas tonterías. No he tenido tiempo de gustarte ni soy hombre de tu clase. Tú mereces mucho más. Yo sólo soy un pistolero que va de presidio en presidio, y tú eres una abogada.

—Mejor. Así me darás trabajo. Serás mi primer cliente, porque como abogado no he ganado ni un dólar. Por cierto, ¿puedes hacerme un préstamo para ver si tengo más suerte con los dados esta vez?

—Mira, chata, yo no estoy para pellizcar a nadie. Me duelen los dedos.

—Entonces, dejémoslo.

Norton unió los dedos sobre la mesa, mientras sus ojos entrecerrados reflejaban preocupación.

—Tú tienes una mente lógica, Stella —susurró—. ¿Qué piensas de todo esto?

—En primer lugar, que Reston y su sobrina Ingrid quieren matarte. Reston fue quien hizo matar a tu hermano Gary. La sobrinita te enseña las piernas cada vez que quiere que te distraigas para que te barrenen la cabeza con una bala, y tú caes como un tonto en la trampa.

—Hasta ahora no he caído, muñeca.

—Pero le miras las piernas…

—Bueno… Un poco.

—Lo que no sé es para qué quiere matarte. Ni por qué hizo asesinar a tu hermano Gary.

—Yo tampoco lo entiendo, Stella, y creo que no daré con la respuesta jamás. Pero será mejor que dejemos de pensar ahora en eso, porque los dos estamos fatigados después del viaje. ¿Quieres que nos alojemos aquí?

—Sí, es un buen sitio. Pero no te hagas ilusiones, ¿eh?

—Con los abogados nunca me he hecho ilusiones, preciosa. Siempre que he tenido que hablar con uno de ellos, he acabado en la cárcel. Tu habitación y la mía estarán, al menos, a media milla de distancia.

Y fue al mostrador de recepción para encargar el hospedaje.

En aquel momento el ex boxeador ciego, el de las proporciones hercúleas y las manos finas como las de un jugador, entregaba un vale de caja. Casi tropezó con Ben, porque sin duda no lo había visto.

—Oh, perdone —musitó.

Ben sonrió.

—El que me debe perdonar es usted —dijo—. Me he puesto en medio sin darme cuenta. Y permítame decirle que es un honor conocerle, amigo.

—¿Me vio boxear?

—No, pero soy un gran aficionado. Yo mismo he boxeado alguna vez. ¿Cómo fue esa terrible lesión? ¿Cómo tuvo esa desgracia?

—Un par de golpes muy malos y una lesión en el cerebro. Pero no me gusta hablar de eso, compréndalo.

—Por supuesto que lo comprendo —dijo Norton mientras le miraba fijamente—. Perdone.

Y encargó las habitaciones.

Procuró que Stella no tuviera motivos para recelar.

La suya y la de la muchacha estaban en distintos pisos.

Pero cuando ya se iban a separar en la escalera, Norton advirtió que una muchacha de gran belleza le hacía discretas señas desde la puerta de una de las habitaciones. Stella lo advirtió también.

—Hala, hala —dijo.

—¿Qué pasa? —susurró Ben, haciendo el despistado como los hombres siempre hacemos en esos casos.

—Otra que quiere enseñarle las piernas.

—No, mujer, no. Quizá quiera jugar a los dados.

—Con pellizco incluido.

Ben Norton apretó los labios.

—¿Sabes qué te digo, Stella? Tendrías que alejarte de esto.

—Ya te estorbo, ¿verdad? Sin mi presencia verías más a gusto las exhibiciones de las otras chicas.

—No es por eso.

—Pues ya me dirás por qué. A lo peor tienes miedo de que un día te defienda y te condenen a muerte.

—Stella… —y ahora hablaba con voz grave y seria—, voy a

decirte una cosa con todo el corazón, Stella… En este maldito asunto han muerto demasiadas mujeres bonitas. Ninguna mujer bonita que esté mezclada en esto puede vivir demasiado tiempo, a lo que se ve. Y tú eres demasiado bonita para seguir viviendo, Stella. Demasiado bonita para vivir. Tengo miedo de que te liquiden sin que ni tú ni yo nos demos cuenta.

Se notaba que Ben Norton hablaba con el corazón.

Palpitaba una profunda sinceridad en su voz.

Ya no era el pobre pistolero venido de Dallas, sino un hombre con humanidad, con sentimiento, con ternura… Con todo aquello que Stella Wilbur, gracias a su intuición femenina que casi nunca falla, había notado desde el principio en sus ojos.

También en ella palpitaba algo distinto.

También ella se había olvidado por completo de que era una profesional de la ley.

—Ben… —musitó—, seguiré contigo hasta el fin. No sólo quiero vengar a un hombre, sino que quiero estar a tu lado. Y ahora vete a ver lo que te quiere enseñar esa chica. No pierdas el tiempo, hombre. Se nota que lo estás deseando. Pero antes de que te maten (porque es seguro que quieren matarte) me dices de qué tamaño quieres la esquela.

—Tienes una cosa muy buena que aún no sabía, Stella. Resultas estupenda para animar a la gente.

Y fue en dirección a la muchacha, que le seguía observando desde la puerta.

La verdad era que Ben sospechaba que aquello podía significar la muerte para él.

Pero la chica estaba estupenda, la verdad.

Y como probar no cuesta nada…

* * *

Ella tenía los ojos quietos, profundos.

Viéndolos de cerca, se notaba que eran unos ojos graves tras los que palpitaban años de sufrimiento.

Dijo suavemente:

—Usted es Ben Norton…

—Sí.

—Quiero hablar con usted.

—Ya lo he notado, muñeca.

—Donde nadie nos vea. Yo estoy cometiendo una imprudencia demasiado grave al encontrarme con usted en este sitio.

Ben tragó saliva.

No le gustaba aquello.

Pero ya estaba metido en la maldita aventura hasta el cogote y no quería volver atrás. De modo que decidió probar:

—Vamos.

—Sígame, por favor.

Atravesaron la puerta y avanzaron por el pasillo. Al fondo había otra puerta y una habitación muy discreta, junto a una de cuyas ventanas se hallaba un quinqué. No faltaba el diván ni el ambiente íntimo. Aquello era un reservado como una casa.

Ben Norton pensó:

«Ya está. Ahora me dirá que los corsés modernos son un asco. Y cuando quiera demostrármelo, alguien me liquidará por la espalda.»

Pero ella parecía pensar en algo que nada tenía que ver con los corsés y con la ropa interior. Sus ojos seguían reflejando sufrimiento. Y su voz fue velada al musitar:

—Usted busca a Nora Gaynor.

—Sí, claro que la busco.

—Nora Gaynor, la fugitiva de uno de esos sucios negocios de Reston…

—Exacto. ¿Es que usted sabe dónde está?

La voz de la muchacha fue desgarrada al decir:

—No la encontrara ya nunca.

—¿Por qué?

—Está muerta.

Ben Norton sintió como un pinchazo en el cráneo.

Pero se rehízo.

No quería demostrar ninguna emoción. Quería mantenerse atento y sereno porque sabía que peligraba su vida.

—¿Cómo sabes que está muerta, muchacha?

—Lo está como la pobre Lorena Manson.

—En eso no te equivocas, desgraciadamente, porque yo he visto su cadáver. Sigue…

La muchacha tembló. Sus ojos tenían un extraño reflejo a la luz del quinqué. Con voz velada musitó:

—Tú no debes saber a qué viene todo esto. No debes haberte enterado de por qué esas dos muchachas huyeron con el dinero.

—No. Confieso que no estoy enterado.

—Si sólo les hubiese interesado huir, lo habrían hecho sin llevarse un dólar. Pero lo mismo Nora que Lorena eran dos buenas muchachas y no pensaban sólo en sí mismas. Con el dinero que se llevaron querían rescatar a otras compañeras.

—¿Rescatar?

—Verás: aquí hay un hombre de confianza de Reston. Un

hombre que, mediante la entrega de una suma de dinero, dejaba escapar a otras chicas.

—No sé por qué, había imaginado desde el principio eso —murmuró pensativamente Ben.

—Pero ese hombre no cumple su promesa. Ese hombre cobra el dinero, no libera a esas muchachas… ¡y encima asesinó a Lorena y Nora! ¡En el caso de Lorena se sirvió de unos esbirros, pero a Nora la estranguló con sus propias manos!

La voz de la muchacha había sido patética.

Se notaba que era sincera.

En cada uno de sus gestos, en cada una de sus palabras, palpitaba la desesperación.

Estaba claro.

Había un monstruo en aquella casa.

Peor que un hijo de perra.

—¿Pero quién? —bisbiseó Norton con voz tensa—. ¿Quién?

Y en aquel momento tuvo la respuesta.

La puerta que estaba junto a la ventana y el quinqué se había abierto sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

Una mano apagó el quinqué.

Se hizo una oscuridad espesa, turbia, caliente.

¡Alguien entró en la habitación!

¡Alguien se movió entre las tinieblas como una fuerza poderosa y siniestra!

Y Norton notó que la muchacha se estremecía ante él. Notó que entre sus labios palpitantes, mientras todo parecía girar en torno suyo, escapaba un susurro de muerte.

Algo avanzó entre las tinieblas.

Algo vino hacia él…

CAPÍTULO XIV

EL MONSTRUO

Ben Norton sujetó con ambas manos el cuerpo estremecido de aquella muchacha a la que momentos antes ni siquiera conocía. Sus dedos de hierro impidieron que cayera.

Y esos dedos de hierro se impregnaron en aquel momento de algo espeso y caliente. Se dijo cuenta entonces de que todo el cuerpo de la muchacha resbalaba hacia abajo, desmadejado y sin fuerzas, la habían apuñalado por la espalda. ¡La habían perforado con el acero hasta casi traspasarle el tronco!

La sorpresa de Ben Norton fue brutal, pero al mismo tiempo hay que decir que no fue una sorpresa absoluta. Ya había notado algo antes, algo muy extraño que le hizo comprender que la propia muerte vendría hacia él. Y por eso estaba prevenido.

Sabía qué enemigo tenía enfrente.

Sabía quién se movía ante él.

Lo había notado antes, ante el mostrador de recepción, y la verdad es que en ese momento se estremecieron hasta sus huesos. Pero ni un gesto, ni un solo parpadeo lo acusó.

Él había boxeado bastante.

Sabía muy bien qué lesiones o qué cicatrices pueden causar unos puños en unos ojos.

Las lesiones del que decía ser ciego… ¡no habían sido provocadas por los puños! ¡Habían sido unas cicatrices marcadas artificialmente! ¡Eran una trampa!

¡El buitre no era ciego!

¡Engañaba a todo el mundo con eso, especialmente a las pobres mujeres a las que asesinaba después de quedarse con su dinero!

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Ben Norton.

Un estremecimiento brutal.

Todos sus músculos se tensaron como los de una fiera dispuesta a saltar.

No podía ver a su enemigo, que sin duda conocía mucho mejor la habitación y tenía además una larga práctica en moverse en la oscuridad para convencer a todo el mundo de que, en efecto, era ciego. De momento, pues, el monstruo tenía una ventaja decisiva, una ventaja que podía acabar con la vida de Ben Norton.

Por eso éste empleó un procedimiento que no le gustaba. Se trataba de frenar el primer golpe.

Fingió que iba a soltar el cadáver de la chica, pero de pronto lo alzó para emplearlo como parapeto.

Y el cadáver recibió la segunda atroz cuchillada. La puñalada que iba destinada a él.

Entonces Norton lo vio.

Las facciones duras, los músculos potentes.

Los ojos brillantes.

¡Unos ojos que veían mejor que si tuvieran bengalas dentro! ¡Unos ojos tan duros como los de un puma!

Ben Norton no quería emplear el revólver para no poner en conmoción a todo el edificio. Sabía que, si llegaban nuevos pistoleros, todos se convertirían automáticamente en enemigos suyos. De modo que tenía que acabar con aquel monstruo en silencio, tenía que hacerlo en una oscura y repulsiva lucha de ratas.

Desenfundó el cuchillo a su vez.

Con ello ocupó la mano derecha, pero seguía teniendo libre la izquierda después de soltar a la chica.

Y barbotó:

—Vamos, perro… ¡Boxea!

El otro pestañeó sorprendido.

En realidad, no había sido boxeador jamás. Sólo pegó unos cuantos puñetazos en un ring, valiéndose de su corpulencia. Pero ahora tenía delante a un hombre que fintaba, un hombre que soltaba la izquierda rápidamente… ¡y que la enviaba al rostro con la fuerza de una catapulta!

De pronto le saltó una ceja.

No supo por dónde había venido el golpe.

Lanzó un gruñido.

Y envió el cuchillo al fondo, buscando a un enemigo que ya había cambiado de posición. El golpe se perdió en el vacío. Norton le martilleó dos veces una sien con la izquierda.

El otro se tambaleó un momento.

No lo entendía.

Parecían llegarle los golpes desde todos los lados… ¡a pesar de que Norton sólo empleaba un puño! ¡La rapidez con que doblaba con la misma mano era brutal!

Un impacto al hígado le hizo doblar las rodillas.

Por un momento vaciló.

Intentó enderezarse.

No podía caer ahora. ¡No podía…!

Todos sus esfuerzos se concentraron en mantener la vertical. El falso ciego no se dio cuenta de que con ello descuidaba la guardia,

de que dejaba de cubrirse.

Norton susurró:

—Buen viaje al infierno, maldito.

Y hundió su cuchillo.

Lo hundió hasta el fondo, a la altura del corazón.

Otra vez sus manos se tiñeron siniestramente de «pintura» roja.

CAPÍTULO XV

UNA VOZ EN LAS SOMBRAS

No se había producido ningún ruido.

La muerte llegó sorda y silenciosamente.

El cuerpo del asesino giró un momento en el aire. Sus ojos dirigieron una última mirada a aquel mundo que siempre habían podido ver, aunque los otros no lo supieran. Sus rodillas se doblaron y esta vez sí que no tuvo fuerzas para volver a enderezarse.

Un dolor muy profundo le atravesaba el pecho.

Le llegaba desde el cuello hasta los riñones, produciéndole un espantoso calambre.

Cayó a los pies de Ben Norton.

Este le dejó el cuchillo clavado. No quiso molestarse ni en recogerlo de nuevo.

Fue hasta el quinqué, cuya llamita estaba tan baja que apenas despedía luz. Pero le bastaría alzar la mecha para que toda la habitación se aclarase.

Fue a hacerlo.

Quería ver bien el cadáver del monstruo.

Y de pronto se detuvo mientras sus nervios eran recorridos por una sensación de frío. Acababa de oír el breve crujido de la puerta al abrirse de nuevo.

Una sombra se deslizó hacia el interior.

No se veía apenas nada.

Una voz preguntó suavemente:

—¿Lo has matado ya? ¿Has acabado de una vez con Norton y con esa soplona?

Ben Norton sintió que se le formaba una bola densa y amarga en la garganta.

Había reconocido aquella voz.

Lástima.

Con lo bonita que era la chica…

Le hubiera gustado que aquel momento no llegara nunca, pero todos somos esclavos de nuestros pasos y ya no podemos retroceder. Alzó la llamita de pronto.

Se hizo la luz.

En aquel momento ella preguntaba de nuevo:

—Dime… ¿los has matado a los dos?

Y la claridad iluminó entonces, de una manera súbita, su hermosa figura. La hermosa figura de Ingrid que se recortaba en el umbral de la puerta.

Esta vez llevaba toda la ropa encima.

Norton pensó por segunda vez: «Lástima».

Y entonces de la garganta de Ingrid barbotó un ronco y lacerante gemido.

CAPÍTULO XVI

DE SORPRESA EN SORPRESA

Al darse cuenta de su terrible error, al comprender que la presunta víctima era la que había triunfado en la pelea, Ingrid intentó dar un salto atrás y huir por la misma puerta que había empleado para entrar. Pero Ben Norton no se lo permitió.

Ya habían llegado demasiado lejos las cosas.

Dos veces aquella princesita intentó distraerle para que le mataran y dos veces él la había dejado escapar. Ahora ya había demasiada sangre de por medio. Ella y Reston pagarían bien caro lo que habían hecho.

Claro que en este momento Norton no podía imaginar aún la verdad. Estaba lejos de suponer que le aguardaba todavía una brutal sorpresa.

Saltó sobre la chica.

Le puso una mano en la boca para que no gritase y con la otra la sujetó por el pelo, echándole la cabeza atrás. Ella se retorció salvajemente, pero nada pudo contra aquellos brazos de acero. Ben Norton la retorció y luego la dejó caer sobre una de las butacas.

Ella estaba desmadejada.

Sin fuerzas.

Le costaba hasta respirar.

Norton desclavó el cuchillo tinto en sangre y lo acercó lentamente al cuello de Ingrid, con una lentitud ominosa.

—Puedes probar el filo si tú quieres, princesa —susurró—. Sólo tienes que callarte cuando yo pregunte. Te juro que será un honor ver cuánto resiste tu cuello.

Las palabras de Norton cortaban como el propio acero.

Él mismo no sabía hasta qué punto estaba dispuesto a cumplir su amenaza, pero Ingrid no tuvo la menor duda de que sí, de que la cumpliría. Y sus ojos se dilataron de horror.

Norton supo que estaba vencida.

Con voz opaca preguntó:

—¿Tú estabas de acuerdo con este buitre?

—Sssss… Sí.

—¿Para qué?

—Él… era un hombre de confianza de Reston, mi tío.

—Lo daba por supuesto. Sigue.

—Con el cuento de que era ciego se metía en todas partes y la

gente lo consideraba inofensivo, pero en realidad era un buitre… ¿A qué negarlo? A mí me daba asco, pero me servía para mis fines, de modo que lo utilizaba.

—¿Estaba enamorado de ti?

Ingrid confesó con un soplo de voz y con cierto orgullo, como si estar enamorado de ella fuera inevitable:

—Naturalmente…

Y alzó un poco la pierna derecha.

Las tenía bonitas, la muy condenada.

¡Si lo sabría Ben Norton!

Pero él no se dejó impresionar esta vez. Se limitó a decir con voz metálica:

—Sigue.

—Pues… Bueno, él vigilaba a las chicas de los diversos centros de diversión. Si él quería dejar escapar a una, podía hacerlo. Estaba en su mano. Y las chicas lo sabían bien.

Tragó saliva antes de continuar:

—Naturalmente, nunca dejó escapar a ninguna, por la cuenta que le traía, hasta que yo ideé un modo de sacar dinero sin riesgo. Él insinuaba a una de las muchachas que podía dejarla libre, junto con un par de compañeras, si le daba una bonita suma. La desgraciada lo robaba como fuese y, al entregársela, él la mataba. Si hacía falta, mataba también a la compañera que se había comprometido a huir con ella. Y luego, como era lógico, acusaba a la fugitiva.

Aquel miserable plan hizo que Ben Norton sintiera otra vez la bola amarga en la garganta.

Le costaba mucho contener la furia. Con gusto hubiera deshecho a puñetazos la cara de aquella golfa.

Pero necesitaba saberlo todo hasta el fin, de modo que se contuvo. Barbotó:

—¿Cuál era la finalidad del plan?

—Repartirnos entre éste y yo —y señaló al muerto— el dinero que robaban las chicas. Hasta ahora sólo habíamos utilizado el sistema con dos, pero la cosa no había hecho más que empezar. Habríamos vaciado de mujeres los negocios de Reston.

El joven hizo un gesto de asombro.

Aquello último no lo entendía bien.

—¿Pero él qué creía? —murmuró.

—Él creía simplemente que se le escapaban las chicas. No tenía la menor idea de que todo estaba preparado por mí, y de que el dinero que le robaron ya estaba en mi bolsillo.

—¿De modo que tú… le estabas «limpiando» a él?

Ingrid dijo con la mayor tranquilidad:

—¡Naturalmente!

—Eres una cochina zorra, Ingrid. No me duele que engañaras a Reston, pero el sistema es abyecto.

Ella no debía estar arrepentida de ningún modo, porque se encogió de hombros y preguntó con la misma tranquilidad de antes:

—Bueno, ¿y qué?

Él movió la mano derecha.

No supo bien por qué lo hizo.

Pero fue un puñetazo dado a gusto. Fue un subyugante placer.

Toda la cara de la chica pareció estallar a causa del impacto. Cayó sin sentido sobre la butaca.

Ben Norton la contempló un momento en silencio.

No podía negarse a sí mismo que le gustaba.

Tan bonita, tan seductora y tan…

…Tan puerca.

Le arrojó a la cara un vaso de whisky.

Ella, temblando, salió poco a poco de los efectos del K.O.

Y vio de nuevo ante sí los ojos helados, inhumanos de Ben Norton.

Este chascó dos dedos.

—De acuerdo, preciosa —dijo—. Engañabas a Reston, tu puerco tío. Pero en otras cosas le ayudabas a gusto, ¿no? Por ejemplo en las tentativas de matarme a mí. ¿Por eso me contrató? ¿Para tenerme más cerca y así poder liquidarme con más facilidad?

—Bueno, él… él creía que Nora aún estaba viva. De Lorena Manson ya sabía que estaba muerta porque en el acto de «despacharla» intervinieron algunos de sus hombres, los cuales mataron también al abogado al que sustituyó esa chica con la que tú vas ahora. ¿Motivo? Muy sencillo: Lorena le había pedido que iniciara una acusación legal contra Reston y él había accedido, aun sabiendo que se jugaba el tipo con eso. Era un hombre de honor, pero era también un estúpido. Tantos años de estudiar para luego dejarse llevar por una mujerzuela.

—Una mujerzuela que era mejor que tú.

—Bah… Lo que quiero decir es que ese tipo nunca supo lo que le convenía. Bien muerto está. Pero Reston nunca supo dónde había ido a parar el dinero que se llevó Lorena, y jamás sospechó que en parte lo tenía yo misma. En cuanto a Nora, imaginaba que aún estaba viva, y por eso te encargó buscarla. Ahora bien, el objetivo fundamental era tenerte cerca para poder liquidarte como había

hecho liquidar a tu hermano Gary.

Ben Norton apretó salvajemente los puños.

Todos sus nervios vibraban:

—¿Por qué? — preguntó con un gruñido animal—. ¿Por qué…?

—Pues… —dijo ella—. Porque…

Pero ya no tuvo tiempo de añadir más.

En aquel momento los acontecimientos se precipitaron.

A partir de aquel instante todo volvió a ser como una oscura y confusa pesadilla.

CAPÍTULO XVII

MUERTE PARA UNA TIGRESA

La puerta que daba al pasillo se había abierto. Ben Norton pudo darse cuenta de ello por el rabillo del ojo y eso le salvó, ya que de lo contrario el cuchillo que voló en silencio hacia él le hubiera alcanzado de lleno.

El acero fulguró en el aire.

Fue un relampagueo cegador que duró unas fracciones de segundo solamente.

Pero Ben ya había podido apartarse, y la hoja de acero se clavó en la pared acolchada.

Ingrid lanzó un débil gemido al ver la cara satánica que había aparecido en el marco de la puerta. Era un rostro desfigurado por el odio. Eran dos ojos pequeños, crueles, que la contemplaban como si quisieran atravesarla.

Sólo al ver a Reston ya se dio cuenta de que éste había escuchado desde el otro lado de la puerta toda su confesión. Sobraban las palabras. Reston sabía que en su propia casa tenía una víbora.

Rugió:

—¡Maldita…!

Era incapaz de decir más. El odio le enloquecía. Llegó a olvidarse de Norton mientras avanzaba hacia Ingrid.

Esta sólo pudo suplicar:

—Nooooo…

Había visto el brillo del segundo puñal. Se dio cuenta de que éste buscaba también un estuche de carne.

Reston lo hundió hasta el fondo.

Una vez.

Dos veces.

El odio le hacía moverse como un autómata.

Le hacía olvidarse incluso de que tenía detrás de él a Ben Norton.

Cuando vio que el puñal había atravesado de lleno el corazón de Ingrid, emitió un runruneo de fiera satisfecha.

Pero por poco rato.

Sintió de pronto en su espalda el frío de la muerte.

Ben Norton susurró:

—Lo siento.

Y le hizo volverse con una mano.
Le atravesó con la otra.
No tuvo piedad.
Una vez.
Dos veces.
Parecía pensar que eso de que donde las dan las toman es tan viejo como el tiempo.
Reston se derrumbó junto a él.
Poco a poco.
Con los ojos desorbitados.
Ben Norton desclavó el cuchillo, y en el mismo momento de hacerlo le supo mal haber liquidado a aquel tipo sin darle oportunidad de hablar. Hubiera tenido que hacerle explicar tantas cosas que no cabrían en un libro. Pero pensó que quizá, si le registraba, encontraría algo que pudiera aclararle sus dudas.
Como todo había ocurrido en un relativo silencio, nadie iba a molestarle ahora. Se inclinó sobre el cadáver y le retiró sus documentos, alineándolos sobre una mesa.
Había bastantes cosas sin interés.
Dinero.
Facturas.
Dos cartas de clientes.
Y la copia a mano de un documento bastante extenso. Una copia a mano que hizo que se estremeciera todo el cuerpo de Norton.
Sintió que sus ojos se nublaban.
Y apenas oyó el leve susurro de los pasos que se acercaban por la espalda hacia él.
Apenas notó el roce suave de la mano que se posaba en su hombro.
Aquella voz asustada dijo:
—Ben…
Él se volvió. Vio los ojos nublados de Stella Wilbur, unos ojos donde palpitaba una chispita de horror.
Parecía no entender lo que veía, pero al menos Ben Norton estaba vivo. Con un gesto de miedo que al mismo tiempo estaba lleno de ternura, apoyó la cabeza en su hombro.
—Es espantoso, Ben… Sea lo que sea lo que ha sucedido vámonos de aquí.
—Espera, Stella. He encontrado algo.
Y le tendió la copia del documento.
Ella pestañeó.
—¿Qué es?

—Tú lo sabrás mejor que yo a la primera ojeada. Tienes mucha más experiencia en eso.

Los ojos de Stella Wilbur recorrieron las líneas de aquel papel. Y de pronto musitó:

—Dios mío… Ahora lo entiendo todo…

Y con un gemido añadió, mirando al hombre igual que si éste fuera un fantasma:

—¡Ben Norton, maldito tunante, truhan, bandido, pistolero de tres al cuarto, licenciado de presidio…! ¿A qué venía discutir un dólar? ¡Si resulta que eres millonario…!

CAPÍTULO XVIII

LA MUJER QUE CONOCIÓ EL DOLOR

—No, no soy millonario —dijo tristemente él—, pero este documento aclara muchas cosas. Sigue, Stella. Léelo hasta el fin.

Stella lo leyó. Sus ojos se iban animando por momentos, aunque latía en ellos aún aquella chispita de miedo.

—Ben —susurró—, esto está muy claro. Es una copia que Reston obtuvo subrepticiamente y gracias a la cual pudo conocer el testamento de Patricia Kenton, que en estos momentos es una de las mujeres más ricas del territorio.

—Patricia Kenton fue la que arruinó a mí padre —musitó Ben.

—Sí… Ella misma lo explica y lo reconoce en este documento. Con el dinero que obtuvo en aquella época ya fundó la cadena de negocios llamados Bulevar Kensington, y que luego ha ido viento en popa. Pero, muerto tu padre, ella hizo algo que no había hecho hasta entonces. Algo que quizá su vida no le había permitido: reflexionar. Y se dio cuenta entonces de todo el daño que había causado. Supo calibrar con sinceridad lo que había sido su vida.

Ben asintió.

Stella continuó quedamente:

—Para tratar de remediar en parte el mal que había causado, os dejaba herederos de todos sus negocios a ti y a Gary. A partir de aquí la cosa está perfectamente clara: Reston, sabiéndolo, debió engañar a Gary haciéndole firmar un documento de cesión de todos sus derechos hereditarios. Como Gary no esperaba ninguna herencia, debió tomarlo a broma y firmó. Una vez muerto por una pobre muchacha que inmediatamente fue ahorcada, el heredero pasaba a ser Reston.

—Y sólo estorbaba yo, claro.

—Exacto. Convenía que tú nunca reclamases ninguna herencia. Los detalles los arreglaría el propio Reston, pero lo esencial era que tú murieses. Por esa razón intentó matarte desde que tú pusiste los pies en su casa.

—Todo está muy claro, Stella.

—Todo menos una cosa: ¿Qué vas a hacer ahora?

—Hablar con el sheriff, naturalmente.

—Me refiero a lo de la fortuna que caerá en tus manos cuando Patricia muera.

—Patricia aún está viva. Y sin duda Reston pensaba asesinarla

para acelerar las cosas, pero yo no.

—¿Es que acaso renunciarás a esa herencia? El dinero empezó siendo de tu padre…

—¿Por qué los abogados siempre pensáis en el interés?

—Yo no pienso en nada. Yo sólo digo la verdad

Ben Norton movió la cabeza negativamente, mientras una suave sonrisa flotaba en su rostro.

—No renunciaré a esa herencia, muchacha, pero pediré a Patricia Kenton que cambie el sentido de la misma. He conocido a mucha gente que sufre en el poco tiempo que llevo por la vida. Compañeros de presidio, pistoleros, desdichados, mujeres perdidas… Nora y Lorena murieron en cierto modo por redimir a unas amigas. Creo que Patricia debe emplear su dinero en ayudar a toda esa gente. Cuando hable con ella comprenderá que debe ser así.

—¿Y tú te quedarás sin blanca, Norton?

—Tengo mi salud y mi juventud, que son el principal tesoro.

—De acuerdo, de acuerdo… Pero con unos dólares esas cosas aún quedan mucho mejor.

—Lo repito: ¿por qué eres tan interesada, Stella?

—Pues… pues… ¡Toma! ¡Porque pienso casarme contigo! Ben Norton balbució, aterrado:

—¿Conmigo?

—Has sido mi primer cliente y vas a ser el último. —Es que… yo…

—Siempre dije que a mí primer cliente lo condenarían. Y te has caído con todo el equipo, Ben.

—Mujer, yo amo la libertad…

—Peor para ti.

—A mí me gustan todas…

—Pero para ellas…

—Es que…

—¿Qué?

—¡Tampoco tenemos dinero para casarnos! —dijo Ben Norton, seguro de que ese argumento no fallaría.

Pero ella movió la cabeza negativamente.

—Lo tendremos —dijo sentenciosamente.

—¿De qué modo?

—Jugaré a los dados. ¿Me prestas diez dólares?

—¡Maldita sea! ¿Ya has perdido los anteriores?

—Claro. Como tú no me ayudas…

Ben Norton apretó los labios.

Movió la mano derecha.

La chica hizo:

—¡Ay!

Y en seguida gritó:

—¡Bestia!

—No te asustes —dijo Ben Norton—. Era sólo para ensayarme en los pellizcos. Hala, vamos a la sala de juego antes de que cambien el turno de aquella chica. ¡Porque mira que si tenemos que jugar con una que debajo de la falda lleve una coraza…!

Y salieron los dos.

La luz del quinqué iluminaba en la habitación la fantasmal escena.

Y los hombres del sheriff, avisados por Ben Norton, ya se acercaban presurosamente, como sombras vengadoras, a las inmediaciones de la casa.

F I N





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.